



# *La Certeza*

*del Estornudo*

Sheila Padilla

ISBN-13: [pendiente]

Impreso a demanda

Todos los derechos reservados

**© Sheila Padilla, 2022**

*Dedicatoria*

*A mi hija, a mi hermana, a mi madre.*

Sinopsis.....	3
Consecuencias.....	1
Planteamiento.....	4
Nudo.....	17
Vidas corrientes.....	58
Desenlace.....	67

## Sinopsis

Redacta una declaración con la que ordenar su locura, y advertir o anunciar a quien interese que un demonio feliz anda suelto y sin un propósito distinto a subyugar a la raza humana. La fedataria ha empezado por amontonar palabras y expresiones significativas, pero sin ilación o unidad narrativa. Así abocetó: Maldición atávica, un secreto familiar protegido por acero, adivinanzas y combinaciones numéricas, un revés emocional, adioses, un laberinto íntimo, el averno, la negociación con los demonios, la pariente orientativa y el mito secular del libro tenebroso. En suma, un semillero que esparcir por un texto paginado y tras una sinopsis conveniente, pongamos que lo anterior sirve a tal menester.

“No hay virtud ni penitencia que resista por siempre, solo la astucia humana permite vencer al Maligno”.

- F.D.: Erudito demonólogo

# Consecuencias

Mi nombre poco importa, baste decir que ocupó una habitación en el sanatorio Salpêtrière, estoy recluida en el pabellón de agudos y conflictivos.

Mis intervalos de normalidad son cada vez menos frecuentes, lo que hace necesario resumir todo cuanto me permita la buena letra y la impericia.

Este alegato o declaración carece de pretensiones literarias, ánimo sensacionalista, o afán recaudatorio. Tampoco aspira a confundir o torear a la opinión pública, o ganarse el favor del segundo dictamen que reclamó de un teólogo autorizado por la ciencia médica.

He aquí la verdad cruda, tal y como la experimenté, o como la recuerdo. No importa, cualquier supuesto involucra la imaginación de las lectoras y lectores para recrear lo leído.

Cerré un pacto diabólico y lo firmé estrujando una gota de mi sangre con el pulgar, invicto ante *Belcebú*, *Satán* o *Lucifer*, o al menos así deduje del vozarrón que oí durante los tira y afloja del regateo. La cuestión relevante es que engañé al negociador, ahora me buscan para cobrarse su precio, sumado el interés de castigo y una venganza que será ejemplarizante para todas las generaciones venideras de magas satánicas y brujos

hechiceros. Todo lo demás es un malentendido propio de la soberbia científica y los remilgos de la clase directiva.

Confieso que he jugado con las fechas, puse una imposible en el contrato discutido con la mafia, escribí el año de cierre con numeración romana, por ejemplo MCMVL, como notación es incorrecta, la fecha no existe y la finalización del plazo resulta matemáticamente exasperante.

Por tales artimañas y farolerías, un sicario encomendero rastrea mis movimientos y prepara mi aniquilación. Es el santo demonio mitológico, anterior a todos los santos y todos los demonios, un crápula o vicioso libertino, ladrón de almas, hacedor de entuertos y miserias, la culebra hablante que le torció el rumbo a la Humanidad. Ningún catecismo menciona a este primogénito que renegó en el último minuto de su filiación angelical y del cometido mesiánico, prevaleció entonces una sangre sulfurosa y propensa a infligir daño. Está maldito, está condenado a vagar, con ninguna opción de adherirse a los programas de redención propios de los reinos del cielo.

Hablando en plata, es el demonio que aparece en las pesadillas de los otros demonios, no reacciona al arpegio exorcista, no refracta o absorbe la luz, no vive o se alimenta o respira, solo crece, sedimenta y perdura, falto de consistencia, carga telúrica, fuerza musculosa, haberes pecuniarios, o simple reconocimiento entre los suyos. Elige un disfraz, representa su rol discreto,

devora personas, conceptos, naciones, mundos; eructa a modo de sonrisa y enfila por el anonimato, la mansedumbre, la megalomanía, la estulticia o la ignorancia ilustrada, a otros derrocamientos, otro versículo sin descifrar o el próximo exterminio por gas y trinitrotolueno. Para darse apariencia fuerte y bondadosa, y verosimilitud entre las muchedumbres, para subir escaleras, transitar hacia sus objetivos, hacer proselitismo, inducir a la fechoría, o lo que sea, asume cualquier receptáculo sólido, líquido, cualquier estado de la materia, por cuanto que es asimilable a una entelequia, es una entelequia, y se mueve como un fluido eléctrico, similar a ondas de radio, semejante a corpúsculos y magnetismo e interferencias y un viento inmenso contra la arboleda. Entre sus limitaciones y minusvalías: levantar pesos halterófilos, porque es un perro; no puede invertir el sentido del tiempo porque es un lobo futurista; no puede malear a quienes albergan la actitud del buen samaritano verdadero, porque el odio claudica si el amor todo lo puede, dicho por el poeta.

La evolución de las especies ha dotado de mayor dispensa a sus víctimas, ergo, el loco demonio beato refinó sus habilidades destructivas y sus tácticas inconcebibles. Sin ahondar en los tópicos, ¿qué opinión mayoritaria achaca al demonio sangriento esta inmutable Historia de crueldad recurrente, males endémicos y suerte podrida?

## Planteamiento

Lleva tres días ingresada. Gladis lo llama frenopático, Felicia y Lorena, prefieren mencionar el sitio como clínica o sanatorio. Únicamente Marcelo lo denomina manicomio.

Por el historial de la paciente, los diagnósticos sucesivamente anulados entre sí inducen a plantear dos o más causas lesivas, cuya discusión rebasa la pertinencia del presente memorando. Sea como fuere, su amiga Mónica la visitó de un día para otro, entró nerviosa porque había magnificado la gravedad del trastorno que motivó el internamiento. Al finalizar el horario de visitas, salió riendo a carcajadas, y la despidió convencida de que la amiga tiene más cuento que Callejas. Ellas se entienden.

Meses atrás, por las fechas de la mudanza había comenzado un periodo de bonanza para su familia nuclear. Desde Ginebra unos parientes con quienes nunca han tenido trato, telegrafieron catorce veces con el ruego dirigido a Felicia, la madre, para que asistiera a una cita concertada con el gabinete jurídico a fin de tratar un asunto importante.

La madre siempre sale acompañada de Marcelo, el cónyuge pensante. Ambos se apoyan en la listeza de la primogénita. Anticipando una complejidad mayor o



circunstancias excepcionales o unas gestiones solapadas en los horarios, o para mejor proveer, conviene que vaya su hermana Lorena. Para finalizar, Gladis con los deberes escolares hechos, solicita, suplica o exige involucrarse en cualquier asunto de alcance general o que sea novedoso, imprevisto, o emocionalmente intenso.

Por esa cohesión, la familia entró apiñada al despacho indicado por una ordenanza con síndrome de Down y sonrisa de arcángel. Otro empleado interviene entonces, ruega que aguarden al señor notario, porque ahora mismo está reunido. Enunció el poder sugestivo de la amabilidad, o algún protocolo estándar sobre atención al público, que transmite a los peticionarios la sensación de ser ellos a quienes espera el director.

Permanecen sentados en una sala de espera, intercambian comentarios mediante susurros, como si estuvieran en una iglesia. Hablaban cinco personas a la vez y aunque no sacaron nada en claro, tampoco hubo silencios incómodos ni minutajes superfluos. Marcelo alentó a la menor, Gladis, para que se aplicara con los estudios y quién sabe, igual nos envías un telegrama desde la presidencia del reino de Valencia. Gladis amonestó al padre por su sarcasmo, y aprovechó la oportunidad para corregir su llaneza, España es una sola, listo.

Enseguida entró la ordenanza sonriente y les guió con su aura ingenua hasta un mostrador estrecho. Toma el relevo un cargo intermedio, con apariencia de empleado

crucial del año, una secretaria le entrega un expediente encuadernado en cartulina. Los gastos en términos humanos, administrativos, empresariales y de infraestructura pasiva, involucrados en atender a Felicia y sus acompañantes, aumentó las expectativas sobre la importancia del asunto a tratar.

El notario era un hombre afable, con aires de sacerdote o de canción antigua y pegadiza. Pronto centra la charla, expone los motivos de la citación, pone nombre a sus mandantes, y verbos a las pretensiones encargadas por minuta. Os explico, han expresado en origen un vivo deseo de cuidar su haber patrimonial con personas leales y sensibles y respetuosas, sobre todo libres de tacha y honradas con el manejo de caudales ajenos.

Les ahorro los tecnicismos, el blablablá que en resumidas cuentas califica el presente negocio como donación de usufructo, o lo que más les convenga, un contrato enfitéutico, esta terminología carece de importancia práctica. Se trata de una oferta para la administración y el mantenimiento de un conjunto bienes raíces y semovientes, circunscritos a un inmueble con referencia catastral. Veamos, le ofrecen duros a cuatro pesetas. Sugiero organizar de inmediato una visita a la hacienda, hablaremos *in situ* ¿Vale de acuerdo?

El apoderado desdobra un mapa de carreteras hasta extenderlo sobre el escritorio. Sonríe con el gesto del patrón que orienta a sus marineros, va señalando la

dirección de la línea a seguir, como si estuviera dibujándola con el dedo, señala un punto intermedio. Aquí abrieron un parador donde sirven el mejor cochinitillo asado a la leña que he probado en mi vida...un día tenemos que ir.

Marcelo recuerda un chiste, está a punto de contarlo porque no se le ocurre nada mejor, pero el dardo jocosos es absurdo y carece de relación con el tema tratado entre hombres, con mapa estratégico y acción en tiempo real.

Asiente al dibujante del índice ilustrativo. Atajamos por esta carretera, antes era una autopista de pago, dura cinco kilómetros, la empresa concesionaria sufragó un porcentaje, el contribuyente pagó más o menos un veinte por ciento, después pagó cada peaje y finalmente, como no hubo ganancias, el contribuyente asumió el cien por cien de las pérdidas. Digo, habrá una mano invisible en el ajo, nos cuelan un contrato leonino subrepticio, la privada se lleva las ganancias o los contribuyentes las pérdidas y la inversión. Pero otro día hablaremos ¿me siguen? Iré delante con el berlina azul cobalto, llegaremos en un periquete ¿Tomamos café?

En los minutos correlativos la caravana recorrió el trayecto sin incidencias o sucesos reseñables. El primer vehículo tiene carrocería aeroespacial y circula con su propio ámbito de elegancia mecánica, magnetizado al asfalto para hacer ilusoria cada curva y servir al comandante, pulsa el claxon sinfónico y orienta a un turismo clavado en una bifurcación. Dentro se oye: “te lo

dije, es por ahí". Continúa la marcha con el porte altivo de un chofer profesional, convertido en autoescuela rodante para Gladis, tertulia marital para la segunda de a bordo, o ejemplo a seguir en sentido contrario cuando el utilitario sobrevira por un portaequipajes mal ajustado y no procede frenar ni acelerar, y transitan un instante ralentizado hasta que escuchan el rebufo del tubo de escape y el trote obediente de los neumáticos, respirando al unísono un clima macerado por la sierra y la extensión de las pinadas.

Al llegar a destino Marcelo ratificó que en efecto habían tardado un periquete. Gladis buscó la mano de Lorena y la hada madrina se arrimó a la madre, todos sonreían bajo un sol tibio. Frente a la heredad, el letrado asumió funciones diversas, como guía cultural o maestro de ceremonias. Encabeza la inspección, habla constantemente, explica cuestiones para gente de libros, mientras gesticula o señala con el mentón para indicar aspectos concretos de lo que encuentran, menciona testafierros, albaceas, legados, donación, permuta, quita y espera; incluso tuvo tiempo para ensalzar el fútbol de Cristiano, la pose del señorito Sánchez, que iba para Alicante pero fíjense, acabó Presidente en el Palacio de La Moncloa.

Por algo se empieza, contraviene Marcelo. La población femenina ha perdido el hilo de la charla, absorta en la decoración majestuosa del jardín artístico. Felicia dice: "Mira un museo". Eran bustos y estatuas modeladas

con mármol y pórfido, cariátides, centauros y querubines sin concordancia ni género. Pese a su belleza, son piedras, no requieren apenas cuidados y soportan bien la intemperie, puntualiza el jurisconsulto, padre de diez hijos, crítico social, y medio filósofo, luego volvió por hábito profesional al discurso árido de tono veraz y legalista:

— Pueden disponer de la vivienda a título usufructuario.

Más tarde, a propósito de la mejor denominación para el sitio, intercambiaron pareceres. Marcelo atinó en calificarlo como monstruoso caserón medieval; si prevalece el apelativo dado por Lorena será un palacio encantado. Felicia lo llamó masía para acaudalados. La polisemia no se agota, el mismo notario les recordó que el sitio posee nombre propio, como los barcos o las mascotas, villa Titánica, cedida por siete años, si aceptan unas pocas condiciones prácticas, cuidar la habitabilidad y el estado original del edificio, mantener actualizados los recibos de suministro, electricidad y agua potable, poco más, despachar correspondencia, riego y poda de los jardines, así como derivar las visitas a fechas posteriores. Son tareas exentas de complejidad, sin grandes requisitos.

Para compensar el buen desempeño como guardeses y administradores a jornada completa, hay premio, os concede el pleno dominio de los bienes incorporados a la finca: mobiliario, utensilios, todo aquello susceptible de ser removido, transportado o reubicado sin que sufra daño o menoscabo en su esencia, funcionalidad o

naturaleza, sea ornamental, accesoria, o necesaria al uso corriente.

Durante el trayecto previo que les condujo hasta el paraíso ajardinado del barrio residencial, Marcelo había pronosticado ruina.

— La finca será grande, tiene hectáreas, veremos si no acabamos escaldados y gastando un dineral solo en luz y arreglos, total que con cuatro cachivaches que habrán dejado arrumbados no nos llegará ni para alpiste.

Los anuncios agoreros no se cumplieron. Era un edificio decimonónico de tres plantas, moderno y clásico, cosmopolita y rural, con certificación de eficiencia energética y automatismos alimentados por un horno solar. A simple vista percibieron un lujo decadente, una profusión suntuaria de tapices exóticos, cuadros descritos en catálogos numerados, rebordes platerescos, destellos cromados y colecciones plastificadas y ventanas enormes e interminables de vidrieras góticas y marquetería floral.

“Tiene miga, ganaremos unas pesetas”, adujo la madre, con cierto nerviosismo por el peso del justiprecio y la actitud remisa de Marcelo. Las tres hijas secundaron a Felicia y rindieron sus razones, ora por turnos, ora de manera simultánea y corrosiva. Martillearon o rebaten la endeble argumentación esgrimida en contra del traslado.

Gladis piensa que son cuatro votos contra uno, aunque tuvo criterio y evitó rebajarse a intervenir, porque

a esas alturas la negociación o la polémica se estaba solucionando casi a gritos, y en parte porque la frecuencia estadística permite anticipar un desenlace abrupto. En resumen, acordaron una solución intermedia.

— Un año, después ya veremos —advirtió el padre—, habrá que echar cuentas.

La primera semana las hermanas duermen acurrucadas unas junto a otras, sobre la misma cama nupcial de dimensiones inalcanzables, que produce en las durmientes una sensación compartida de ingravidez, además, espanta a los monstruos noctámbulos y al típico fantasma que habita por entre las páginas de los cuentos medievales.

Apuraban hasta medianoche, planean incursiones a las zonas sin tachar en el croquis que bosquejó el apoderado. Gladis, parapetada entre las mayores, solo intervino una vez para refrendar su condición adulta y su temple heroico.

— No tengo canguelo.

Antes de que el bastión de temerarias acabase distribuido en tres habitaciones con escusado interior, hablaron sobre los apellidos, dieron en preguntarse por las madres y padres que precedieron a los anteriores, por esa fuerza recursiva que necesariamente termina en el origen mismo de las dinastías.

En el presente histórico, la calefacción central trasteada por el abuelo Marcelino, anuló el termostato

regulador, de modo que el confort térmico fluctuó con un descenso brusco de la temperatura y el ambiente acabó siendo gélido, pero prefirieron cerrar el coloquio y dormir bien arropadas. La hermana mayor antes de apagar la luz, susurró que buenas noches y su voz quedó flotando una fracción, envuelta en una vaharada de aliento condensado:

— Haré nuestro árbol genealógico —se propuso como recordatorio y cierre de la jornada— .

Lo cierto es que la mente humana se supera a sí misma y evoluciona frente a los retos, las novedades y la necesidad práctica. Aplicando esta lógica a una decisión tomada a última hora en camisón, el proyecto empezó pronto a reportarle beneficios, mayor resistencia al estrés, mantenerse activa a la hora de la siesta, ejercita habilidades diferentes, tensión y espíritu analítico, etcétera.

Hasta meses después no será consciente de estar obsesionada con una labor acuciante. En la actualidad, descontando las horas en la tienda de plantas, tiene suficiente tiempo libre. Escucha seriales radiofónicos, le gusta la ópera, hojear tebeos y novelas gráficas, y comer chocolate, el de toda la vida, amargo, dulce y con un toque mínimo de acidez. Más las recetas novedosas puestas a la venta por la fantasía confitera.

Otra mañana atiende el negocio familiar, refresca el género con un atomizador, mientras se pregunta si será



cierto que un hombre murió sin que nadie se percatara hasta varios años después. La clienta había enriquecido el suceso con una reflexión personal: Somos muchas, pero a la hora de la verdad estás más sola que la una.

En aquel ambiente de verdor y florecencias, atenta a la clientela que entra y sale con prisas o encargos perentorios, pronto deja a un lado las ideas truculentas y recibe con un sonrisa al segundo cliente de la jornada. Era amable y educado, pidió un ramo de astromelias y gladiolos, sin follaje decorativo. A la hora de pagar, le espetó:

— ¿Ha pensado ser estrella de cine? Mire, posee algo, no belleza física, que la tiene, me refiero a un brillo radiante, una presencia fuerte, diría que mucho carisma. Llámeme en cuanto decida pasar un casting.

No antes o después, justo al despedirse del productor, deseó ser actriz, abanderada de la problemática feminista, heroína que besa, apuñala, corre, y baila sobre un escenario frívolo, al son del metrónomo marcado por «Orfeo en los Infiernos», la única bailarina bronceada en la hilera de coristas lívidas; todas llevan medias oscuras sujetas desde los muslos por unas cintas con enganches, sincronizan una patada frontal, un furor: el cancán, levantan la rodilla, rotan la pantorrilla, la falda sostenida hacia arriba, a lo alto, en primer plano. Fin del espectáculo, toca firmar autógrafos y recibir rosas en el camerino, adiós mediocridad.

Guardó la tarjeta de visita y el sábado alquiló un lote

de películas clásicas, que miró una tras otra, para estudiar a las protagonistas y emular la naturalidad de sus fingimientos. El lunes tuvo un encuentro fortuito con el empresario. Fueron a una cafetería otoñal y charlaron toda la tarde. Héctor César aparte de poner el dinero o buscar socios y subvención, redactó guiones, entró a dirigir y hasta llenó algunos fotogramas del largometraje, sin salir en los créditos, es lo que se entiende por cameo.

— Me gusta el óvalo de su rostro, —dijo de súbito—. Te haré una prueba instantánea, aquí y ahora. Digo asombro y expresas la emoción con el rostro. ¿Preparada? Tres, dos, uno ¡acción!

La aspirante sonrió, lloró con lágrimas silenciosas que resbalaron por sus mejillas como dos goterones convincentes; demudó por obediencia, angustia, temor, sorpresa, ingenuidad y acaba con un guiño de novia feliz. Se queda callada, expectante, anticipando un veredicto negativo por la demora. El productor deshace el ceño analítico y la actitud seria, aplaude blandamente.

— Debo reconsiderar el casting: ¡Queda contratada! Empezará los ensayos la semana próxima, cobrará tres mil pesetas ¿Acepta?

En casa el anuncio de la artista apenas obtuvo críticas a favor o en contra. Las hermanas preguntaron cuándo será rica y famosa. Felicia advirtió:

— Ojo al Cristo que es de plata. Está todo muy revuelto.

Los acontecimientos temporales ocurren tan deprisa

que hay poco margen para asimilarlos y sopesar sus repercusiones. Ninguno de los inquilinos estaba aún aclimatado a un sitio de medidas olímpicas, con reliquias por todas partes y mobiliario regio. Para los recién llegados no era excepcional desorientarse por entre las habitaciones contiguas y la repetición de galerías y pasillos interminables, sin saber cómo ni cuándo inició la hazaña, rebasa una puerta doble y descubre entonces haber llegado al punto de partida. Mejor aplazar la revisión, concluye.

Por tal amplitud, falta verificar la distribución de los numerosos corredores, los treinta y siete dormitorios, los catorce cuartos de baño, la planta tercera donde consta una terraza bar, con pérgolas, piscina y un mirador. Tampoco han bajado a la planta subterránea, al sótano, a la bodega, o al depósito de objetos para inventariar.

Necesitaremos un topógrafo, bromeó con Héctor César. El trato diario y la confianza han dado fluidez a la relación, pero nunca rebasará el tono del primer encuentro, entre amistoso y jerárquico y para ambas partes fascinador. Centrado en lo profesional, el inversor le aconsejó una academia de artes escénicas, donde pulir la expresividad y las carencias.

— No me quejo, estoy contenta, empecé como figurante, algo es algo — suspira— .

Las amigas, Mónica e Inma, hicieron todo tipo de preguntas, inclusive algunas poco pertinentes:

— ¿Enseñarás las tetas?

Por timidez, aversión, pudor, por todo, rechaza la temática sanguinolenta, los desnudos integrales, aparecer desfigurada bajo el maquillaje, tampoco simpatiza con los argumentos que hacen pensar mucho, ni los que plantean críticas feroces, dilemas morales, o hacen apología sobre credos e idearios netamente superiores.

Inma queda satisfecha con la respuesta. Mónica bromea:

— Has empezado por el tejado, primero vives en una gran mansión y luego eres estrella de cine —las tres comensales del restaurante ríen— .

— Necesitarás un nombre artístico.

— Héctor me bautizó. En el papel estelar ¡tachán!: Aura Grande.

## Nudo

Cada noche, tras la cena y los compromisos, ha reservado un espacio para desarrollar su proyecto, y añadir pro genie al cuaderno proverbial. Intuitivamente, completará el puzle con lo esencial, un nombre o apodo, las fechas sacramentales, nacimiento, defunción, los casamientos. A esto lo llama sota, caballo, rey.

Con posterioridad, ampliará cada registro mediante datos relativos a la persona o el personaje, según se mire, una semblanza breve, alguna anécdota o efeméride o si hubo acontecimientos históricos; solo cuando obtener tales datos no suponga un esfuerzo exagerado. En la contraportada anotó: El mundo está lleno de maravillas, gastar horas en un pasatiempo me produce remordimiento y casi amargor.

Dada su propensión al exceso racional, estuvo rumiando el dilema de elegir entre prioridades. Confecciona el álbum dinástico por una motivación ajena a encargos, lucro, conveniencia, mejoras en su desempeño profesional; luego invertir demasiados recursos -trabajo, tiempo o caudales- revelaría insensatez o excentricidad. A modo de recordatorio inserta una anotación marginal: “Evitaré dilapidar por saber trivialidades”.

Desea obtener resultados inmediatos, más en su carrera cinematográfica, quiere encontrar un marido idóneo; por decirlo a su manera, necesita completar su alma, sobre todo amar, ser amada, sentirse plena, realizada, feliz. Tales empeños implican procrastinar o diferir los quehaceres cada vez menos, marcarse un horario, que las jornadas cundan. Por consecuencia indirecta, no pasará las tardes hojeando tebeos y revistas de moda. Comprimió su nueva filosofía mediante un oxímoron, por llamarlo con un vocablo aprendido de la prima Ada: Tendré ocio productivo.

Nada nuevo o extraordinario, pues al compararse con los demás, advierte que sus amistades y conocidos utilizan las horas libres con preferencia para obtener un provecho discrecional. Antes de orientarse, la diversión había sido una suerte de aturdimiento terapéutico que no dejaba pensar en temas serios, relegados por fiestas, juegos, paseos, charlas, experiencias bucólicas, gastronomía, ferias, intercambios, festivales, conciertos, o verbenas al raso. Por conclusión, tiene una jerarquía de valores más o menos definida y le conforta haber puesto en orden las ideas.

Al lado del tocadiscos, cierra los ojos y termina fluyendo, en sentido metafórico, con la voz soprano y el barítono cortés, logra identificar un trozo de su inefable universo interior, pero la expresividad termina en aquel remanso y enseguida nota un nudo cerrarse por dentro. Hace un esfuerzo y se incorpora para afrontar los

avatares diarios, quiere todo de golpe, el estrellato, un cónyuge, conocer sus orígenes.

Desabrocha la ringlera de botones del vestido, elude el peso terrestre subrayado por el calzado, y camina sobre la moqueta hasta sentarse frente a la mesa de estudiante. Usa lápices de colores y libretas de las que se mantienen unidas con una espiral de alambre, necesita pasar a limpio los apuntes, que ya resultaron confusos en el momento de escribirlos al vuelo, como si tomara un pedido urgente durante las visitas relámpago a la parentela.

En pocos días el motivo lúdico del proyecto transmutó hasta volverse una curiosidad, una inquietud, un apremio, y finalmente será un sinvivir. Solo cuando tuvo suficientes testimonios y respuestas franqueadas desde otras tierras, advirtió que en el fondo estaba buscándose a sí misma, a través de quienes portaron sus apellidos y su genética.

A nivel práctico, la exploración fue perdiendo impulso, por las toponimias mudables, por la be, la uve, la hache inaudible en Sarah, pues los tomos registrales son sensibles a la ortografía y renuentes con la imprecisión. Además, en otras épocas los índices de las partidas sacramentales siguieron un orden alfabético desligado del apellido. Por consiguiente, señora, nos darán las uvas revisando tomos. Mire, una hija podría llamarse igual que la hermana fallecida.

Las dificultades acumuladas amenazaron la continuidad estable del proyecto, de forma que el último

registro quedó a medias. La detective patronímica cree ir tras la Santa Verdad, la de los místicos penitentes.

Contrariando su escasa tendencia hacia las cuestiones profundas y atemporales, estuvo reflexionando sobre la ignorancia a secas, y esa otra ilustrada, que resulta más dañina si no atiende a la explicación funcional o el sentido común. Ha encontrado una abuela, como llama a todas las mujeres anteriores al cuarto grado civil, que ha sobrevivido al menos dos siglos. Serendipia, anotó, cualquier saga tiene rarezas. Tampoco me sorprende, por tanta parentela y familia numerosa.

Aquella noche aprovechó la lucidez para permanecer sentada frente a un escritorio abarrotado de papelamen, con la espalda recta y la mente dispuesta a divagar. Aprendió que las palabras engañan, mutar e inmutar no son antónimos; sin recurrir a un diccionario o a su prima Ada, se pregunta si titular es sinónimo de intitular, tampoco importa demasiado, pero quiere poner un título en la portada de sus cuadernos genealógicos y esas apreciaciones le parecen ahora relevantes.

Años atrás acompañaba a su padre hasta la tienda de flores, permanecía sentada en una silla, aguardando al término del horario, sin jugar o leer o entretenerse con amigas, evita el tedio y fantasea a intervalos. Una cliente habitual, ante su actitud pensativa comentó: “Pareces una estatua ¿que haces tan seria?”. Es la hija del floricultor y no tiene prisas, ansia o nerviosismo: puede estar consigo



misma en una situación de equilibrio entre la realidad y la ficción, por lo que responde con laconismo: “Nada”.

Hasta mucho después seguirá considerándose una mujer sin mordeduras afectivas ni traumas dolientes. En lo práctico, se permite una licencia y asume la soberbia de poseer una pariente inmune a la senectud, sin haber podido corroborar la vitalidad anómala de Adela, la Abuela, mediante las oportunas pruebas bautismales o funerarias. Por esa causa y otras relacionadas, el proyecto se redujo a una sola línea de investigación, que en palabras de Gladis consistirá en biografiar a una fenómeno.

La prima Ada, mujer de libros y con carrera, no aportará novedad a lo dicho en correos anteriores. Asimismo descarta pedir orientación a las personas con quienes convive. Llevada por la frustración, saber que no sabe nada, pasó revista exagerándoles defectos y manías. Primero la mascota, un caniche bravucón con delirios de mastín imponente.

El abuelo es septuagenario, Marcelino muestra trazas rebeldes, rabieta, enfados de hijo mayor enfrentado a una tutoría cansina; rechaza algunas comidas con aspavientos, escucha rock estridente y busca sustancias prohibidas y picos de conciencia alterada.

La hermana menor asume la condición de emperatriz niña adolescente, a dos palmos por encima del rebaño vulgar. Gladis cuida su imagen pública -la de todos los

días-, lleva el pelo con mechas, usa rímel y maquillaje a escondidas. La oyen chillar: ¿Quién gastó mi exfoliante? Al parecer, una mujer con aspiraciones vale tanto como su fotogenia, sus andares mayestáticos y su firmeza para desechar las actividades y juegos infantiles.

Lorena, a pesar de ser veinteañera tiene achaques, remembranzas, actitudes, sentimientos y creencias de vieja, o que son propios de una edad senescente.

El padre lleva años inventando remedios y planes de alcance planetario, con los que arreglar los males endémicos, sanear el erario público, reducir el desempleo, o atajar hambrunas, por decir algunos ejemplos del enorme potencial desaprovechado. Cree, por una convicción basada en la fe, que maneja soluciones efectivas y de inspiración divina. Empíricamente, todas carecen de aplicación e incluso algunas son disparatadas.

Felicia a diario despótica contra los políticos, la política, la ministra de no sabe qué. En conciencia no distingue entre ideologías o colores, por ende, habla por hablar, porque así lo vio hacer a su madre.

Solo cuando termina la comparativa, regresó a una inmediatez detenida sobre una silla ergonómica, donde no atina a poner cada cosa en su sitio y saltar a la siguiente generación anterior. Concluye para sus adentros: Necesitas ayuda profesional.

Más adelante, aquel pacto de humildad, el deseo que

imanta los destinos, el azar puro, o el orden natural de una biografía cualquiera, en suma, animó a la florista por el ambiente equinoccial del vivero. Poda los redrojos de las plantas y fantasea por una costumbre arraigada años atrás. Por entonces, había ido con su madre y Marcelino y las hermanas a un espectáculo circense, autorizado para todos los públicos; vio escapistas zafarse de grilletes, autómatas mecánicos que retaban al público a desenmascararlos mediante la conversación, vio la bailarina indistinguible de una maniquí que resultó ser una mujer verdadera. El último ilusionista descuartizó a una voluntaria y luego la recompuso bajo una lluvia de confeti.

Tal vez aquella alucinación colectiva y maravillosa alteró su tolerancia a la fantasía. Advirtió al salir que se reanudaban los horarios, las preocupaciones, la tensión exigente, el dolor en el vientre causado por sus ciclos biológicos. El conflicto sobrevino a consecuencia de su mentalidad realista, la adolescente necesita percibir el entorno, palpar la realidad y reflexionar después. Su madre asegura que muchos problemas se arreglan con un plato de lentejas estofadas, el abuelo Marcelino prefiere Jabugo y un buen caldo riojano. Marcelo se abstiene de opinar durante aquella charla de sobremesa, dado que la cuestión no posee alcance mundial ni supone un azote para la sociedad contemporánea.

Pese a la mentalidad inculcada, imaginó que para subir a la Luna, alguien tuvo que fantasear primero con

hacerlo. Así se convenció, deja correr la fantasía ante las frustraciones, o durante los paréntesis que no exigen una atención plena, fantasea como evasión, frente a problemas insolubles, por aburrimiento, por canalizar emociones con música de fondo.

Inspirada en las revistas del corazón de su madre, añadió un protagonista a sus historietas mentales, ataviado con el glamour aristocrático de un rey emérito, y el uniforme con charreteras de flecos dorados en los hombros, botonadura ornamental, y galones cosidos a las bocamangas con los colores de la bandera nacional. El galán ficticio era entonces un hombre abstracto, una sonrisa ansiolítica, una mirada celeste, quizás un fetichismo de consecuencias imprevisibles.

En el negocio familiar, la vendedora regresó aprisa desde la trastienda para acomodar género en el mostrador, y chocó blandamente contra la densidad del oficial con la gorra en la mano. Identificó los rasgos elaborados por la premonición o el anhelo, un hálito onírico, el lapislázuli de sus ojos, una sonrisa colorativa: “No te alarmes, vengo en son de paz”.

La proximidad fisiológica, la sensación de haber vivido ese momento, el impacto emocional y la sorpresa, dieron al traste con todos los ensayos y las ensoñaciones guiadas por la voluntad, eliminaron el romanticismo del inicio perfecto y cualquier atisbo de sublimidad, incluida una primera impresión que había ejercitado ante los espejos, entre altiva e ingenua, más el aplomo

característico de la mujer cosmopolita y fuerte.

No contaba con que el suelo se volvería un tremedal bajo sus pies, posiblemente por una arritmia impertinente, por estupor, por sentirse una parodia de sí misma, o porque resbaló en sentido literal, además creyó que el bombo desbocado de su corazón iba a delatarla.

Las circunstancias pronto dejaron atrás su ansia primitiva y sus certezas, el futuro ya no era una nebulosa susceptible de control o enmienda, sino el final de un largo viaje traumático que le produjo una suerte de alivio. Por cierto, no supo qué responder y mucho después, junto al cadáver del militar, cuando evoca la urdimbre de coincidencias que dio sentido a su esperanza, atinó a balbucear una contestación inútil: “No hay paz en el amor, sino guerra”.

El militar perturbador era Juan de Juanes Bublé y servía en la academia cuartel de santa Ana. El encuentro rebasará las formalidades de una interacción mercantil, para transformarse en un prelude galante, una ficción idéntica a la realidad que no requiere aditamentos para resultar creíble cuando la notifique a las amigas.

El tubo de neón del techo parpadeó una vez y enciende a continuación una claridad inaugural sobre las cosas y personas del mundo reciente, donde percibe las rosas vivas radiar un tintineo de aluminios, arrugados por la mano decorativa, un olor repentino y limpio aletea como un turbión de promesas inasibles que solo existen en el enamoramiento de la florista. Evita preguntarse en qué

lado de la ensoñación transcurre aquel tiempo finito e irrecuperable.

La pareja observó los ritmos impuestos por el respeto, la educación o el civismo, charlaron de temas generales pero dejando pistas sobre su personalidad y su soltería, tanteando como negociadores, empatados en la certeza de encontrarse al día siguiente y al otro y después cada día hasta el término de la eternidad, en sentido metafórico.

No evitaron apresurarse y suben de dos en dos los peldaños de la escalera del idilio, superan la fría calidez del roce fortuito, un primer beso fugaz se incorpora a las despedidas, consumen veladas y experiencias rodeados por una ciudad innecesaria, recorren atardeceres y lugares que serán las cruces de la nostalgia por venir.

La pareja progresa hacia el noviazgo, se confiesan, se buscan, se quedan adormilados frente al amanecer mediterráneo en isla Tabarca, unidos por un vínculo inexorable, como un matrimonio añoso a la espera de que sea el otro quien dé un primer paso fuera del idealismo literario.

Otra tarde, Juande pasó a recogerla a la salida de un ensayo y pasearon como novios primerizos, entrelazados por la mano sensorial y el instinto de animales afectivos, bajo una llovizna cuyas gotas infinitesimales tenían la virtud de atrapar la luz crepuscular y degradarla en las alturas a una sola tonalidad entre malva y rósea.

— Quería ser egiptólogo, pero es un tema trillado, aduce el alférez para justificar su enrolamiento. No quedan pirámides por descubrir, ni faraones cuyas tumbas no hayan sido profanadas. Estuve merodeando por varias carreras universitarias, terminé unos cursos inútiles sobre heráldica y genealogía.

Por esas fechas, la novia constató que sus deseos se cumplían, incluso aquellos latentes y ajenos a su formulación expresa, los sucesos ocurren o no ocurren según la batuta de sus necesidades, en concreto, la última coincidencia acabó por sobrecogerla con un erizamiento en la piel, imaginó a un dramaturgo inmenso ordenando el azar y concediéndole vía libre para la felicidad.

Tras la sorpresa alegre y el vislumbre filosófico, la aprendiz quiso ponerle al corriente de su proyecto familiar, decir mucho con pocas palabras, los retornos tras las pistas falaces, cómo perdió el empuje, el ruido alrededor de la información veraz, la abuela que conforme a sus cálculos vivió doscientos años.

La duración del encuentro no le permitirá tratar todos los flecos sueltos. El alférez había reservado una noticia dolorosa para el momento en que debe regresar al cuartel y necesitaron despedirse. El batallón inicia un periodo de maniobras, y simulacros con fuego real; las licencias o permisos están revocados, a partir de hoy requieren un motivo oficial, con firmas y sello indubitable y hora del compromiso.

Como paliativo, justo entonces acordaron cartearse y tratar las dudas a resolver y el método adecuado para desarrollar árboles genealógicos, asimismo les permitirá saber el uno del otro, y comunicarse aunque sea con las restricciones de la escritura epistolar.

El recrudescimiento del rigor disciplinario fue espaciando la frecuencia con que se carteaban, incluso, el lenguaje del artificiero cambió de estilo, dejó entrever un temperamento reacio al futurismo y las relaciones platónicas, de modo que muchas misivas no se diferenciaban de cualquier curso por correspondencia.

Alecciona a la alumna sobre la disciplina y el orden sistemático, debe discriminar las fuentes informativas, escarbar entre un sinfín de documentos, estén donde estén: archivo parroquial, protocolos notariales, en los pleitos de hidalguía y nobiliarios, en las órdenes de caballeros antiguos o en los libros de entradas del cementerio. No omitas preguntas, a ujieres, archiveros, bibliotecarios, administradores, a cualquier persona disponible; recuerda, no dejes ninguna pista sin confirmación. Debes documentar todo, y guarda bien cada prueba, sea cual fuere, un resguardo, una instancia, las cédulas, edictos, pólizas, o un simple recorte de periódico. Conserva ese certificado, apógrafo, nota marginal, en suma, todo cuanto permita tejer la red que cualquier apellido ramifica a su alrededor.

El alférez, como hombre de armas, a pesar de su reciedumbre y sus modales jerárquicos, posee un reducto



de mentalidad anclado al desvalimiento, posiblemente a causa del orfanato de su niñez, los albergues en la adolescencia, un internado posterior y el aprendizaje arduo en la escuela de supervivencia, tal cual ocurre por doquier sin misericordia ni martingalas. Del abuelo había heredado la propensión a los ideales, y de su padre calcó la conducta que encaja bien con ambientes estructurados y normativas minuciosas, especialmente, el protocolo noble de prudencia que las ordenes de caballeros proponían como paradigma, y que el reglamento hace preceptivo para su escalafón. Mediante una postdata resumió su acicate orientativo: “He asumido la noción valiosa de la vida, y el privilegio de poder entregarla por un bien mayor”.

Sobrevino un intervalo en que el aspirante a capitán, el instructor eficiente, el hijo y nieto agradecido, el artificiero condecorado, repetía párrafos enteros de cartas anteriores y daba la impresión de ser un hombre lejano e improbable.

Necesitas un método más buena letra. Pídeles a tus allegados papeles antiguos, lo que sea, cartas, expedientes, títulos, dedicatorias, tanto en cuanto ese documento no esté custodiado por normativas oficiales. Visita las parroquias, los registros diocesanos, las escribanías y censos; procura antecedentes, ve al Archivo General de Indias, allí hay legajos y mapas sobre la administración de los territorios ultramarinos. Algunos datos son públicos pero restringidos. Cursa solicitudes.

Aparte de esta dinámica administrativa, te quiero, mujer.

En la mansión, el inventario de objetos valiosos siguió creciendo conforme verificaban nuevas dependencias. Marcelo trajo un grupo de expertos, tasaron cuadros y porcelanas, un pisapapeles, un reloj enorme incrustado en un mueble rodante. Al final vendió un jarrón único a un marchante y el precio obtenido permite aventurar que llegarán con holgura a fin de año.

A la hora de explorar la planta inferior, las tres hermanas pidieron a los hombres de la casa que les acompañaran hasta el sótano, porque imaginaron por clisés que era un lugar siniestro y húmedo, con telarañas gigantes y sombras huidizas.

Sus temores estaban infundados. Al prender el interruptor junto a la puerta de entrada, los fluorescentes del techo fueron encendiéndose uno tras otro hasta iluminar un ámbito diáfano y aséptico, con olor a ozono de hospital y superficies cromadas y relucientes.

Solo cuando confirmaron el entorno, otra tarde entraron solas para explorar el sitio con tanta determinación y soltura que aparentan ir buscando un objeto conocido de antemano.

La cuadrilla se bifurcó dejando atrás a Gladis, que había encontrado un guardarropa repleto de prendas anticuadas, y se detuvo a examinarlo con maneras de compradora adinerada. Arrimó un enorme cesto de mimbre donde echaba la ropa conforme a sus gustos,

para llevarlo después a su habitación y disfrazarse de lo que dicte su humor voluble. Sacó una camisola guarnecida con una chorrera espumosa y encajes en las mangas amplias, sacó corbatas, pelucas y grandes sombreros para damas de alcurnia. Echó sobre sus hombros una mantilla pascual, se enfundó los brazos con unos guantes largos y satinados, enroscó alrededor del cuello un adorno sintético de pelo animal.

Más allá del vestuario, removieron fardos, paquetes encordelados, una docena de maniqués tremebundos. No quedó un cajón sin abrir, o un bulto en su posición original, ni artilugios ajenos a la curiosidad táctil de las hermanas. A última hora hallaron el motivo del frenesí explorador. Era una caja fuerte antigua, robusta, de las que se abren girando un cilindro a derecha e izquierda.

Ignoraban la clave y vieron imposible moverla porque estaba fijada al muro por empotramiento. Tampoco resulta factible abrirla a las bravas, por ensayo y error, por arte de birlibirloque o por cualquier sistema aleatorio, de modo que la apertura pertenecía al universo de lo imposible.

Con los nervios crispados y alguna uña astillada, las tres hermanas hicieron un pacto solemne de silencio y complicidad, juntaron los meñiques y prometieron mantener oculta la primicia del hallazgo, al menos hasta ingeniarse la combinación numérica, la ganzúa del latrocinio o el pase de prestidigitación capaz de vulnerar la seguridad militar del cofre.

Al salir movieron un biombo, una cómoda alta y estrecha, un espejo de cuerpo entero, que tenía la propiedad de reflejar el retrato idealizado de cualquier habitante del caserío. Lorena tuvo un arrebatado de rabia narcisista, al verse tal cual era, rechazó el espejismo de sus veintitantos años sin las imperfecciones aportadas por la ancianidad, dio un empujón a la suplantadora especular y el mueble giró sobre sus patas elefantinas de caoba, apenas entonces vieron la tiza uncial en el respaldo: “Sigue en mi nombre la estela del Santuario de Artemisa Ortia”.

A falta de opciones inmediatas, siguieron la corazonada de Gladis, y su asociación entre el jeroglífico del espejo y la contraseña para abrir la caja fuerte.

Celebraron disponer de una prima académica, una lumbrera a la que plantearon el acertijo, con la cautela de reservarse los pormenores y la finalidad a que apunta su resolución. Ada vive en la capital, porque todo ocurre en Madrid, por un puro juego estocástico, que la llevó a montar su propia agencia internacional de traducciones y peritaje ológrafo, consiguió ganarse el mercado, lo llama prestigio de marca, y solo por hacer un garabato en un papelucho se gana un fajo de billetes grandes. Conforme a la línea matriarcal de la que procede, tiene atracción por los misterios y la verdad oculta, por los personajes míticos y las leyendas probables, lee libros y estudia catecismos y textos serios.

Otro rasgo singular de la prima Ada es su instinto para

desentrañar el carácter de cada persona, tras un vistazo a una firma o unas frases manuscritas. A propósito, colecciona autógrafos que solicita como una quinceañera a las celebridades y a la gente normal, pues lleva entre manos un asunto importante, relacionado con una ciencia nueva de su invención, una grafología de fiabilidad militar. Habrá que verlo, dijo Felicia, el ministro le bajará esos humos.

Lo relevante es que contestó en los plazos acostumbrados -tres días- y con la enjundia habitual, cuyo entendimiento exhaustivo requiere tener a mano un diccionario enciclopédico y cierta resignación hacia las limitaciones propias del día a día.

La lectora destinataria, impaciente por llegar al intrínquilis, elude párrafos sin valor práctico, acepciones, giros técnicos, vocablos que al juntarse pierden su significado para expresar una semántica desconcertante.

Por aquel pulso utilitario, le irritó demorarse con la Gematría hebrea, con las digresiones cultas y la reflexión acerca de la necesidad que ha tenido la Humanidad por ingeniarse complicaciones para transmitir información sensible y aplanar los mensajes recibidos.

La redacción desarrolla varios hilos tangenciales, tan aburridos como innecesarios, solo al final descende a lo concreto, a la «isopsefía», cuya lógica no está reservada a mentes prodigiosas. Con un dibujo tabular, hecho a conciencia, le ahorró a la destinataria toda susceptibilidad académica. Dos columnas eran suficientes, pero pintó

tres: el alfabeto latino, su transliteración al griego y un valor numérico. El algoritmo divide una palabra arbitraria en letras, y calcula el sumatorio con los números asignados. Los antiguos se valieron del método para aprender aritmética.

Así solucionaron a medias el jeroglífico de tiza, luego necesitan la referencia onomástica cuyo desglose y conversión digital permite domesticar la cerradura imponente. La hermana mayor asumió la carga con una frase de compromiso: “Tranquilas, yo me encargo”, sin saber en conciencia hacia dónde la llevarán los vientos erráticos de su ansia personal.

Por inmediatez, preguntó a la madre y los demás convivientes y después a los allegados, ajena al tono de su voz, o la urgencia con que requería un nombre completo, inclusive, motes y seudónimos.

Felicia se lamentó:

— ¡Ay hija! Te veo muy apurada ¿Qué sucede?

Una mañana posterior, a primeras horas, el abuelo Marcelino localiza el primer bar, cantina, tasca, o mesón abierto por las inmediaciones. Entra a desayunar su tacita de café torrefacto, que pide al barman con un guiño de tú a tú: “Pero córtalo con dos dedos de coñac, Rafaelín”. Era su modo coloquial de ser y estar en sociedad, para infundir confianza e interactuar con los parroquianos, sin la torpeza de parecerles un detective o un inquisidor policiaco.

La suerte estuvo echada en cuanto departió con otro cliente madrugador. Solo así, regresó más temprano de lo habitual, convencido de que había llegado su fecha grande y quien la sigue, la consigue, pues tengo en la cabeza algo más que rock y sustancias subversivas.

Abrió la pesada puerta de la mansión y entró al aire tibio de tahona del recibidor, olvidó por un momento el recado que iba a transmitir, le oyeron hacer ruido por entre los pasillos y las antesalas. Quizás tropezó con algún mueble aparador o soltó un puñetazo de rabia y oímos el estropicio metálico de la armadura medieval al descomponerse en fragmentos contra el mármol resonante del vestíbulo. Lo vimos asomar a la cocina por el vano de la puerta, sobrio y alborozado.

— Tengo lo que necesitas. Un jardinero se acordó de cuando la moda venía con los turistas en verano, y las mujeres se cambiaban los nombres de pila, por otros inventados o rimbombantes. No había reparo, pues todo el mundo conocía a todo el mundo. Digo, pregunta por una tal Rosita, del clan Acevedo, sabe cosas de primera mano. Nació el siglo pasado no, el anterior. Y a todo esto ¿dónde está mi café mañanero?

Por esas fechas la buena suerte parecía ilimitada, la aspirante a diva atravesó una racha propicia y las ofertas de trabajo surgen en avalancha, firmó docenas de contratos, básicamente papeles sin diálogo, como figurante, para hacer bulto en algunas escenas y adornar otras. Lo importante es darse a conocer, tener vida social,

cobrar la nómina y mantenerse saludable hasta el debut, convenía para sus adentros y con las amigas, haciéndoles entrever que a pesar del ruido continúa arraigada a la tierra por una condición simple de mortal con agujetas en los pies.

Entre la abundancia de opciones vitales, hizo una visita relámpago a Rosita, situada en un pueblo en extinción, lleno de casas destartadas y de recuerdos andantes con quienes los últimos aldeanos departen de bien a bien durante la hora interminable del mediodía.

La mujer añosa ha sido noticiera, transmitía episodios verídicos, según expresó para centrar sus credenciales, recorrió las provincias con una farándula de entretenedores y músicos. Ahora está mayor y tiene achaques, permanece en el patio interior, recostada al socaire de una higuera, entre una fauna variopinta de mascotas: periquitos, un guacamayo, tortugas, unos gatos, un perro faldero y hasta una oca de porte soberbio.

En la entrevista, aportó unos recuerdos cruciales, por cuya merced la búsqueda recursiva de un padre y una madre progresa varias generaciones hacia atrás. Ha identificado a tratantes de ganado, bandoleros, poetas labradores, otrosí, gente común, tahúres, caballeros de mesnada con derecho a portar armas letales, mosqueteros y soldados a sueldo. Hasta donde alcanza a ver, ninguno fue una autoridad nacional, o un cargo armipotente, ninguna destacó por su inventiva o por un



don revolucionario. Mantuvieron un oficio de subsistencia, entendieron de los asuntos del día a día y el refranero, tuvieron guitarras o cálamos o arcilla alfarera, y aprovecharon las jornadas desapacibles para indagar sobre la cualidad intrínseca de las personas.

En la franja horaria que ha reservado tras el serial de amoríos, duelos y arrebatos, estudia el nuevo material informado, cada persona convertida en personaje por el tránsito del calendario o por esa cualidad de entelequia a que convergen los recuerdos antiguos.

La coherencia mental le impide admitir la longevidad calculada para la bisabuela, pero dada la escasez de pruebas a favor o en contra, y hasta mejor proveer será un personaje, legendaria e hipotética, dentro del puzle a medio componer, unida a un rastro de malaventura, insania, sacrificios, destierros, aventuras de amor y soledad que resultan vagamente familiares a la investigadora.

Mientras coteja y revisa los apuntes administrativos, pensó en un error, después supone que vinieron mellizas a sustituirla, solo cuando la encontró cuatro generaciones posteriores, dictaminó: “Es una maldición”. Durante el esfuerzo de extender líneas y ramas y unir la coherencia dinástica, reparó en que el relato de las historias adolece de exceso y nervio literario, se amonestó, no escribo una novela por entregas. Claramente, ha perdido el tono llano y el estilo periodístico con los que inició sus cuadernos ordenadores.

Un día posterior, las hermanas aprovecharon una ausencia de los padres y tomaron por asalto el sótano, aprestadas de lápiz y papel, más la lógica sugerida por la prima Ada y los nombres de soltera mencionados por Rosita. Han decidido resolver la cuestión aritmética en el mismo campo de batalla, frente a la caja fuerte, conscientes de que si llegan los familiares antes de lo previsto, no podrán seguir con sus averiguaciones clandestinas. Conviene aligerar.

Las calculistas apenas logran concentrarse y reprimir un nerviosismo agravado por las prisas. Los gazapos se acumulan, y tras un intervalo tachan la página y empiezan el ejercicio desde el principio. Viéndolas así, con los labios apretando el ápice de la lengua y los ceños fruncidos, más pendientes del reloj que de las sumas elementales, alzando las cabezas para atender los ruidos de la planta superior, son iguales a tres estudiantes que compiten en un examen crucial, bregan entre ellas y contra sí mismas y contra el flujo horario.

Gladis tuvo una duda.

— ¿Cuántos dígitos pongo?

Lorena se distrajo.

— Se me fue el santo al cielo ¿cuántos números?

— Todos, reprochó la hermana mayor, vamos rápido, no estáis en un parvulario.

Los primeros intentos fueron desalentadores,

probaron variaciones, diminutivos, permutaciones, agruparon consonantes y vocales. Estaban abrumadas ante las infinitas posibilidades de la combinatoria. Pese a todo, el secreto protegido por acero y cemento, estaba a punto de claudicar, pues los tres nombres simples de soltera que mencionó Rosita pasaron a ser uno compuesto. Lorena y Gladis corearon ante la caja recién abierta: “Quien la sigue, la consigue”.

Observaron el interior fosforescer bajo la pátina de un musgo tierno, unas manos ansiosas extrajeron sin esfuerzo un bulto hasta apreciar el color carmesí del envoltorio. Tras desanudar una cinta de refuerzo, el terciopelo quedó extendido sobre una mesa de billar esquilmada. En vez de los brillos, la joyería, las rarezas, el mapa bucanero, o la patente industrial; hallaron lo que Gladis calificó como baratijas de mercadillo.

Con verdadero desencanto rematan el inventario. Un atado de misivas sin año, cuya caligrafía irritante ni siquiera era comprensible. Un puñado de cromos o acuarelas grandes, similar a la baraja que usan los tarotistas. Un medallón que podría considerarse escapulario, si no mostrase por una cara la imagen de un demonio astado, y por su anverso una leyenda comprimida en lengua extraña. Por último miran un libro vetusto e inútil, pues tiene todas sus páginas en blanco.

A continuación oyen a Felicia que anuncia su llegada desde la planta superior, y tuvieron que aplazar la tasación para tratarla con las debidas garantías de

privacidad.

La actriz desde la primera entrevista con Héctor César adquirió la costumbre o el vicio de ensayar fuera del entorno laboral, en cualquier sitio y a todas horas. Allí donde surja la ocasión, se propone un desafío y lo acepta siempre. Tarda apenas unos minutos en concebir un personaje, y un objetivo genérico que vertebra la acción; el resto argumental lo deja al arbitrio improvisado, acorde a cómo reaccionen las personas involucradas.

La excelencia exige tesón, se repite a manera de acicate, trabajo arduo, llorar y reír y otorgarse una recompensa por salir triunfante en los duelos contra su ego mediocre. Celebra el máximo galardón con chocolate, el leve crujido que oye al romper la tableta, el primer mordisco evaluador, lo deja en la boca como un caramelo, deshace los filamentos de coco, paladea el polvo de cerezas confitadas, el adorno trufado, los gajos diminutos del albaricoque o el melocotón hervidos en azúcar; alcanza el núcleo, quizá praliné, nata sólida, filigranas con regusto a licores amables, a café, o menta, o naranja cremosa. Saborea o degusta con un placer casi obsceno o lujuriente, tanto que le avergüenza en público por un pudor mal asimilado.

Aparte del confite, cualquier día feriado o una tarde de sábado, se permite salir y dejarse llevar por las amigas, ir a los bailes, bailar cumbia y chachachá, o si está seria por su pretendiente lírico, hace prevalecer el lado intelectual y entra a los salones de conferencias o se involucra en las

tertulias sin término de los comediantes en las terrazas y cafeterías.

Entre semana procura mantener la cabeza ocupada, evita tiempos muertos o amagos melancólicos, a manera de estrategia para soportar mejor las ausencias del militar acuartelado. Con la misma determinación, tiene decidido resolver su árbol genealógico, hacerlo avanzar mediante los métodos profesionales aprendidos.

Por consecuencia directa, para espantarse la morriña, adquirió el don de la perseverancia infatigable. Sale a la calle sin haber planificado una hoja de ruta, dispuesta a visitar varios pueblos conlindantes. Viaja en ómnibus, en tren, a pie; hace trayectos en taxi, e incluso alquiló una bicicleta ecológica. Quiere complicarse con unas prisas fingidas y un presente continuo, sorteando las pausas reflexivas, ni siquiera aprovecha el ofrecimiento turístico del paisaje natural, el deleite contemplativo ante los templos y catedrales, la respiración purificada por los jardines botánicos, o las plazoletas con pérgolas y arbolados y fuentes monumentales.

Como una dama ajedrecística, va dejando atrás el anhelo mediante movimientos estructurados, abandona un edificio finisecular, donde el brazo burócrata le dispensó copia autenticada de una inscripción administrativa, que permite orientarse al siguiente escaque, un archivo eclesiástico, un libro parroquial, unas señas particulares.

Hasta el día siguiente a la misma hora laboriosa, entra

y sale de las escribanías, los despachos notariales, las oficinas municipales del censo o la memoria histórica; con la prevención de apuntar los hitos en su cuaderno de bitácora, y llevarse, si puede, una réplica de las partidas, los legajos, o lo que proceda.

Visitó una vez el Archivo General de Indias, por una lista de pasajeros que embarcó el siglo pasado en el buque Concordia, cuyo paradero y los motivos de su desaparición continúan velados por el misterio.

En las ciudades grandes aquel afán de lince ajetreada se reduce a rellenar formularios y cursar solicitudes a través de una ventanilla ministerial; a continuación procede esperar y espera sin quedarse quieta, va tachando los flecos sueltos tras recibir algún sobre color caramelo, que trae una firma ampulosa y la respuesta estadísticamente más probable: «Apellidos no constan» o «Toponimia inexistente».

Aparenta indiferencia, desdén, a su manera procura olvidar al novio para no tener que morir de amor por él y olvidarlo para siempre, pero consigue la sensación contraria, más lacerante y obsesiva en los intervalos en que baja la guardia y se queda sentada frente al contenido del cartapacio, repasando la metodología, las sugerencias del estratega Juande, que parece remoto e incierto, como una realidad convertida en fantasía, un amante preso, un cid no campeador, o tal vez sea un farsante comprometido con otra mujer.

Otros días vuelve cansada pero feliz. En su alcoba, a

solas con la lírica vocal de los tenores, todo está en su sitio y al alcance de la mano, como puesto allí por un criterio escrupuloso, revisa las notas y pasa a limpio los borradores, consciente de su caligrafía diáfana que ha mejorado con la práctica. Completa un cuaderno proverbial y empieza otro con los abuelos que fueron encofradores, venteros o cabildantes; tocaban de oído instrumentos de cuerda y viento, componían sonetos, promesas o augurios; fueron emprendedores, aguardaron un futuro mejor, más confortable y holgado, pero los vientos del buen faro nunca soplaron a su favor.

En medio de aquella actividad aturdidora llevó a Rosita uno de los objetos sacados del sótano. Eran dos trozos pequeños de tela basta, cosidas entre sí y unidas a un cordel de los que se usan para atar botas altas. Podría ser un escapulario atendiendo a su valor devocional, una medalla quizá, por su apariencia estética; un camafeo, al tener una efigie tallada con incrustaciones minerales en relieve por uno de sus lados; puede llamarlo amuleto o talismán, si le atribuye una virtud sobrenatural o un poder mágico. Cualquiera que sea la expresión, el adminículo se lleva colgado al cuello, pervierte o robustece la moral y huele a humedad.

La dueña está decidida a poner precio a las fruslerías esotéricas, quiere conocer el servicio dado por la mujer que las ocultó tras una pared. Al saludar a Rosita en el patio, con un beso en cada mejilla, tuvo la impresión de conocerla desde siempre. Anticipa que la retendrá unos

minutos a su manera, cualquiera que sea el motivo de la visita o las prisas por volver a la calle. Tampoco necesita salir corriendo ni mostrarle descortesía, toma asiento en un escabel ofrecido por la anfitriona y escucha con atención unas ocurrencias asombrosas pero ciertas, conforme a sus palabras, te lo digo yo, que las mentiras tienen las patas muy cortas, aunque sean más entretenidas que la puñetera verdad.

Con un esfuerzo adicional la sitúa en la época de Maricastaña. Por entonces era andariega, iba por los pueblos como feriante y cuentera, pero no inventé nada, sino que soltaba verdades como puños, bien parecidas a exageraciones y patrañas de folletín, eso sí, los gerifaltes ni caso, la censura conforme, y cada mochuelo a su olivo. Mencionó un circo, se le empeñan los ojos al mentar a la contorsionista que le robó a un forzado del que estaba enamoriscada.

— La vida es cambiante, te lo digo yo...

Pese al tono jovial y aquella sonrisa iluminativa, sobrelleva múltiples enfermedades y sus secuelas, pero nunca las menciona ni se queja del asma que le roba el resuello por cualquier mal aire, o del reflujo abrasador durante las digestiones difíciles. La resignación calla moratones repartidos arriba y abajo por efecto de una mala coagulación sanguínea, edemas en las piernas, dispepsia, miopía, osteoporosis, migraña, arritmias, lumbago, reuma y otras aflicciones menos fáciles de pronunciar, pero suficientes para hacerle creer que



después de todo no parece tan acertado añadir un infierno ulterior.

Suele compensar las calamidades mediante el desenfado y una abnegación de misionera. Ahogándose por la fiebre del heno y la risa contagiosa, contó su manera de atraer la felicidad: procurarse buena compañía y afecto, sustituir preocupaciones por ocupaciones, y adaptarse a las circunstancias recias como el agua hace con las vasijas. A esto lo llama sota, caballo, rey.

— Qué más puedo decirte, mostrar agradecimiento también vale para lo que te vengo diciendo.

En el diván desparrama su humanidad y mueve unos brazos voluminosos que contrastan con unas manos delicadas, aristocráticas y femeninas, de una prestancia ajena al resto del cuerpo. Además son herramientas teatrales con que enfatiza los momentos álgidos o especialmente dramáticos de sus remembranzas y reflexiones.

Es una mujer meticulosa, aunque olvide los ingredientes de su último almuerzo y los avatares del presente inmediato. Por lo demás, su memoria está a salvo de los estragos de la decrepitud, retiene detalles complejos sobre episodios anteriores al nacimiento de la visitante, si hizo calor o qué prenda estaba de moda; mentalmente lleva un inventario que relaciona visitantes y anécdotas narradas o pendientes, de modo que rara vez incurre en la torpeza de repetirse y aburrir a la contertulia.

Suele comenzar sus arrobamientos retrospectivos como si pensara en voz alta.

— Parece que fue antier, sé bien de lo que hablo...

Rosita habla de prisa, como si necesitase desliar el rollo de sus recuerdos y temiera perder la ocasión de contarle a alguien los díceres de antaño, a propósito del adorno enigmático que cuelga de una mano interrogante. Explicados por partes, en la casa vivió antiguamente esa mujer de quien te hablé, no digo más. Con frecuencia se ausentaba del pueblo por viajes, tuvo al menos tres nombres de soltera, hasta aquí ni frío ni caliente. Los misterios llegaron más tarde, pues si bien transcurrían varios quinquenios antes de cada regreso, ella conservaba el mismo aspecto de treintañera. Los vecinos lo justificaron primero en alguna hermana extranjera, o tal vez fuera una hija mayor.

Así estuvo con idas y venidas hasta que el pueblo se saturó de bulos y maledicencia, y los rumores sensacionalistas la señalaban por las calles con el dedo acosador. Había versiones para todos los gustos, que si esto, que si lo otro, mucho maquillaje, mucha cirugía; entre tanto disparate prevaleció la idea de que estaba liada con la mafia satánica, aunque nadie pudo ver nada ni aportar pruebas fehacientes.

Muchos lustros después, sonaron las campanas en la parroquia, a unas horas intempestivas. ¿Y esto? me dije, alguna boda de señoritos. Por razones que no vienen al caso estaba justo en la puerta, oí un motor acercándose y

de repente entró a la calle un automóvil, con un derrape aparatoso. Frenó en seco frente a la iglesia.

Amelia era entonces Ariana, emergió del habitáculo visiblemente alterada, diría que histérica. Caminó aprisa, sin volverse a recoger del suelo parte del contenido de su bolso entreabierto.

Rosita se quedó pensativa y concluyó:

— Me pienso que la empujaba el arrepentimiento, quiso un lugar sagrado donde proteger su alma de los demonios.

El párroco celebró una misa de opitulación a medianoche, pagada por la misma persona que burlaba el acoso y la apostasía. Centrando la respuesta a la consulta, recogí el escapulario perdido por la bruja, dicho sin ánimo despectivo, y lo usé para espantarme la pava del infortunio.

Evita tocarlo, como si quemara, lo señala con el mentón y susurra que un seminarista le tradujo el sánscrito impreso en clave al dorso. Es una llave acústica, la séptima del conjuro con que atraer al santo demonio anónimo. Tasándolo mejor, resultó un mal amuleto contra la suerte mezquina, tampoco obtendría beneficio dado su escaso valor de mercado. Lo tiró a la basura con aprensión. La mañana siguiente casi resbala al salir de la vivienda, pues había pisado el colgante. Se lo llevó apretado en el puño mientras pensaba métodos alternativos de reciclaje. Luego cavilando por el parque municipal, vio el pozo de los deseos, en cuya boca arrojó

el maleficio, entre monedas y escupitajos de los viandantes, pero se quedó estupefacta al verlo chocar contra el pretil y rebotar hasta sus pies.

Empalagoso como las moscas -dice que dijo-, y endosó a una vecina antipática el obsequio, asegurándole que estaba bendecido por San Tristuelo. Inexplicablemente, el colgante volvió a una repisa del domicilio y al mirarlo creyó que le sonreía. Aún se pregunta cómo una cosa inanimada pudo exhumarse del hoyo donde lo había enterrado, próximo a Despeñaperros.

La entrevista termina con una libreta sostenida a pulso y el nombre de Sabino Sanromán anotado con letra nerviosa. La reportera evita creer que Rosita tenga ganas de imaginería y truculencias, pero la describe en sus cuadernos con cierto recelo, porque manejó nociones fabulosas que friccionan con su sentido realista.

Gladis, al enterarse, le advierte: “La gente inventa trolas”. La madre solo dijo: Supercherías, ya tenemos bastante con los del Gobierno. Son todos iguales, reprochó con cierto rencor genérico.

Antes de que comenzaran las primeras incursiones en solitario al sótano, y tuviera la convicción de que el demonio anda suelto entre los hombres, llegaron noticias de Juande.

El artificiero no soportó más el enjambre de luciérnagas que apartaba a manotazos para poder

respirar el aire de las cuatro de la madrugada, y sin novedad de quien le escribe cartas sobre un gramaje grueso, rubricadas mediante un recurso estilístico tan animal que admite una lectura con los ojos cerrados, mientras se desespera por salir del cuartel y abrazar a la poetisa sensitiva.

Involucró a un amigo capellán para que firmase un certificado espurio, alegando que piensa cumplir y casarse de verdad en cuanto tenga vacaciones. El sacerdote viajó hasta el vestíbulo del hotel elegido por el novio, oficia una modalidad simbólica de la liturgia sacramental, compara el amor a un hermoso regalo recibido desde los reinos del cielo, intercambia alianzas y quedad emparejados *per sécula seculórum* ¡Amén!

Las horas posteriores no fueron un simulacro de una noche nupcial. En la intimidad, la novia había desvelado la procedencia del hechizo semántico, sujetando con las dos manos la cabeza del marido para guiarle hacia el hada amanuense de su inspiración, lee esta carta, mi amor. El amante reconoció en su cuerpo el hálito epistolar, y desde entonces quiso cultivar unos hábitos de lectura exacerbados.

La despedida dejó a la esposa con los ojos fijos, y las entrañas revueltas por la náusea del síndrome de abstinencia y el desamparo y el temor a la separación definitiva. Estuvo varios días recluida en su habitación, sin atender los requerimientos del mundo circundante, que barrunta movido por un resorte melodramático, similar a

esas radionovelas que escucha tomando notas para no perderse entre los enredos argumentales.

Lo único que no tiene remedio es morirse, convino Gladis, con una seriedad que la avejentó de súbito. Había pedido permiso para entrar y apareció vestida con ropajes del trastero. Su tono alentador surtió efecto y a la mañana siguiente la hermana abandonó el aislamiento voluntario, dispuesta a resolver cuestiones pendientes.

A pesar del noviazgo difícil, pensó que era excitante tener una vida agitada, llena de imprevistos y aventuras breves e intensas, como en las novelas radiadas que la mantenían en vilo hasta medianoche. Bien pensado, tal y como iba el mundo, tener una vida y vivirla, simplemente, puede considerarse un acontecimiento extraordinario.

En su mesa de estudio, transcribe uno de los pliegos manuscritos con símbolos raros, añadió una súplica florida y un reguero de goterones que demostraban su impericia con el estilógrafo. Sin paciencia para rehacer desde el principio, metió todo en un sobre dirigido a la prima de la capital, que sabrá darle sentido a esa jerigonza.

Nuevamente, la sapiencial Ada se entretuvo en simplificar la respuesta y presentarla con claridad. Mediante un espaciado generoso y letras mayúsculas dibujó las relaciones entre el alfabeto común y los signos que promueven la consulta.

Con una página era posible traducir la escritura

taquigráfica del legajo de misivas, aunque la prima suele extender las explicaciones con prefacios, adendas o anexos. Por ende, la sintaxis aglutina varios métodos de estenografía, cuyo uso común permite la transcripción veloz, mediante trazos lacónicos, abreviaturas, caracteres especiales, y convenios de puntuación y una ortografía laxa.

A solas en su alcoba tuvo que hacer un esfuerzo de voluntad para traducir algunos fragmentos elegidos al azar. Enseguida se quedó adormilada sobre un lecho repleto de conjeturas y obligaciones contractuales que a la mañana siguiente le exigirán una actitud despierta. Había comenzado la temporada de estrenos en el Teatro Imperial, y conforme a su jerarquía de prioridades, el atado quedó pendiente, encima de los cuadernos genealógicos, porque necesita estudiar varios personajes, de apariciones cortas, pero con diálogos e interacciones novedosas.

Otro día en los estudios cinematográficos, estuvo tomando café con un guionista. Héctor César le había pedido que construyera para su pupila una escena a lo *Polansky*, llena de matices y un primer plano donde la actriz secundaria entreabre los labios, muerde una fresa, y su jugo almibarado resbala por bajo su boca.

Quiere un efecto sensual, naturalidad dentro del artificio. Héctor manda, es buena gente, algo maniático con las tonalidades o la iluminación, advierte detalles que a la hora de la verdad son invisibles para los

espectadores, a esto lo llama ritmo narrativo. No me malinterpretes, es buena persona, buen técnico, paga espléndidas nóminas, sí que pierde el aplomo en ocasiones y suelta uno de sus gritos de tendero, o te trata con frialdad científica, pero al minuto siguiente, acabado el rodaje, invita al equipo a unos aperitivos y santa Alegría, todos hermanados en una gran familia.

La actriz secundaria tiene un primer papel importante, la oportunidad de confirmar que ha pulido sus prisas y no sobreactúa. Aparecerá bajo el resplandor de la lumbre sublunar, en la altura abalconada abre un ventano, una cancela, ruega: “Cuéntame ¡oh musa! dime más”. Su representación será breve, pero si hace bien el trabajo, el director le prometió un mayor protagonismo de forma escalonada.

Aprovecha un receso a solas para ordenar ideas, aplacar la ira y establecer rumbos entre la marea cotidiana, con una sensación deuteragonista en las entrañas.

La playa en construcción, vista desde su perspectiva, parece un saladero, por las prisas del estreno han suplido las arenas edénicas por sal industrial, llegaron a extender varias hormigoneras, sin que hasta entonces hayan conseguido la pretendida ambientación realista. Por el decorado pasean algunos asalariados de la productora.

En un plano íntimo, la aspirante a estrella ha retomado las bridas y riendas con que manejar su propia existencia, despachó a los corregidores, relega al



productor, al marido esporádico, a Mónica y sus cambios repentinos de humor. Tras un lapso sagrado para la ceremonia del café, será una idealidad corpórea, elevada en el torreón, dueña del recato y los fingimientos, un poco harta de aguantar carros y carretas a un público cada vez más exigente y menos contentadizo. Entretanto, camina, evoluciona, gobierna los estribos de su albedrío, se deja incardinar en la trama universal de historias minúsculas, comprueba al fin que hacer ejercicio en bipedestación, vale andar, pasear, marchar; conforme al criterio médico, relaja, flexibiliza, endurece, mejora, refuerza, beneficia, oxigena, irrija, ventila, ejercita e incluso aguza.

A la salida, aprovechó la luz natural para hacer una visita recomendada a la tienda de Sabino Sanromán, un coleccionista de libros raros, únicos o singulares, que persigue uno con todas sus páginas en blanco. En su mundillo lo intitulan «Omni Secretorum».

El bibliófilo desplegó una demostración erudita de su bagaje, más por petulancia que para allanarse un trato ventajoso con la improbable dueña del fósil encuadernado. Este contiene formulación cabalística, brujería ritual, orden ceremonial, oficios herméticos. Todo sintético, botánica, farmacopea, astronomía, álgebra, solfeo hipnótico, dibujo de precisión, lineamentos convocatorios, leyes antiquísimas, y pactos anteriores a la venida del Mesías.

Muchos viajeros, archivistas, documentalistas, reporteros y demonólogos preconizan que su

comprensión permite crear criaturas vivientes, invocar a seres prohibidos, relacionarse con épocas lejanas y acceder a información valiosa, sobre todo, adquirir dones que contradicen el orden natural de las cosas. Cada milenio aflora un ejemplar entero, a través de subastas, comercio de antigüedades, desenterramientos arqueológicos, demoliciones de monasterios o pueblos fantasma. El actual sigue perdido. Un predicador farsante lo hurtó en un convento cuyos monjes membrudos lo custodiaban. Un cantor viajero que pregonaba sus virtudes lo tuvo, pero a causa del hambre, vendió su laúd y el elucidario a unos gitanos ambulantes. Fuera de Hispania, recaló en Viena, Basilea, Marruecos y nuevamente vuelve a Toledo. Por esos días, definitivamente quedó prohibido, su mera tenencia, su copia y difusión, practicar sus enseñanzas, todo era delito penado. Los inquisidores promovieron una campaña de confiscaciones, multas y arrestos, que han convertido el grimorio en una quimera para temerarios.

Tiene un libro mellizo, ideado como último recurso contra la censura, Sabino Sanromán aspira a localizarlo desde años atrás. Sus páginas aparecen immaculadas porque la tinta simpática no se aprecia a simple vista, quizá una solución de prusiato amarillo, reactivo al vitriolo verde, o modesto jugo de limón o leche que responde bien a una fuente de calor cercana.

El ajuar esotérico va perdiendo su prestigio arcano, la investigadora despide al coleccionista, y de regreso a la

rutina aprovecha para ordenar los pensamientos y poner en su sitio los nuevos datos. En resumen, no cree sensato darle crédito a un supuesto grimorio absoluto, asimismo no concibe un poder superior al que espolvorean las hadas durante su aletear por las fantasías de los durmientes. Por contraste, solo una causa sobrenatural permite creer que una ancestro lejana pueda pervivir varias existencias con soltura. Sin decidirse, de momento, a rechazar o admitir el criterio de Sabino Sanromán, o las explicaciones dadas por Rosita Acevedo, aplaza el fondo del asunto hasta una fecha indeterminada.

Apenas unas semanas después, aprenderá a imprimir calidez a las hojas del prontuario, explorará entre sus líneas ocultas el propósito del manajo de acuarelas; básicamente son las instrucciones con que realizar de principio a fin un pacto satánico, expuesto mediante láminas, cromos, o viñetas que ahorran los inconvenientes del lenguaje textual. También ha ratificado la utilidad del escapulario impío: lleva una efigie bienhechora, y un hechizo plegaria con el potencial sonoro de apelar al demonio, el que fabrica cada persona a su imagen y semejanza, el que persigue el cobro de las deudas hasta el último pariente directo, afín o colateral, nacido sobre la faz del mundo.

Durante los señalamientos anteriores del calendario, resolvió con moderación el teatro aprendido. A la salida Juande no estaba, a pesar de que había negociado toda suerte de promesas con el santoral completo si ocurría el

milagro, pero no surtió efecto.

En el debut recordó el desastre íntimo que le causa un hombre entregado por entero a su trabajo. Justo entonces, la adversidad o el cenizo, o la potencia vibrante de un sonido magnificado por las nuevas tecnologías, movió una tuerca mal enroscada en la mecánica del decorado. Un anclaje cede y la inmensa luna postiza, al descolgarse del firmamento constelado, arrastra unas desgajaduras de charoles y aluminios laminados, luego rodó hasta chocar contra un puntal de los que sujetaban la ambientación marina.

Inmediatamente, derruyó el maderaje y la escena se hundió con estruendo, llevándose la oportunidad del éxito. Solo queda en pie el fondo mural de la siguiente representación, hecho con pinturas y relieves que simulan un público enfebrecido y unas gradas ajenas al intimismo de una alborada romántica.

A primera hora, al mirar entre bambalinas al público, había dicho: “¡Mucha gente, mucha mierda!”. Solo cuando los sueños de diva actriz se fueron rodando con un satélite de andrómina y la reacción en cadena hizo visible la suerte cicatera, hablando consigo misma, repitió: “¡Mucha gente, mucha mierda!”.

Deseaba contar el desaguisado y reír a carcajadas con su familia, por lo que desestimó invitaciones y propuestas y fue directa a la mansión, reprimiendo ora la risa frívola, ora un pálpito amargo.

Lorena salió a recibirla al portal, la cogió por el brazo y mostró un talante afectado.

— Nos tienes a nosotros...

A continuación repitió en su literalidad el motivo del telegrama, que había arrugado sobre el aparador: «Fallecimiento súbito por onda expansiva».

La voz llegó a su destinataria como una sensación punzante a nivel del corazón. Notó el aire cerrado y áspero en torno suyo, respira con dificultad y se desmadeja inconsciente en el suelo. La muerte ha sido hasta entonces una eventualidad que solo atañe a personas lejanas. Empero, Juande siempre tuvo sus propias reglas de juego, ha roto el noviazgo en la fecha más inoportuna.

Analizando después las circunstancias que fomentaron aquella reacción, el resentimiento parece el modo en que su cerebro la preparaba para lo peor, el acíbar del abandono se revolvía con los nervios del estreno principal y la obsesión por una abuela improbable, todo unido a la urgencia por dejar atrás el presente y rebatir a Rosita y Sabino Sanromán.

## Vidas corrientes

En su alcoba rememora la víspera, adulterada por sus tormentos y obsesiones. Resolvió un primer debut sencillo al talento. Era una estrella solar, activada por un riel gravitacional, esparce un reguero de adioses púrpura, sobre el hombre indómito, el maestro honrado, el militar atronador, saluda como una recluta, luego rompe, trocea y desmenuza unas letras de amor en la idealidad, y al arrojarlas hacia el aire fragante, serán gaviotas inasibles, purpurina y llantos cantados a la esperanza por venir.

La mensajera simbólica tañe un arpa, desalienta tempestades, afila oleajes de espumas oceánicas que estallan contra los arrecifes, murmura por pena que se nos fue el coronel, se acabó la vaina. Como no resulta creíble que una estrella muestre emociones simples y hable a los amores difuntos, esta parte quizá la padeció en la tarjeta postal de su imaginación. Donde anochece y aquietta los veleros pintados, la farándula levanta sus bártulos, empaqueta los disfraces de marinero, emperador, sirenas y tritones; pliega los yates de estraza, guarda los tesoros y la sierra dentada del aluminio y las pegatinas con que están hechas las mareas y las olas portátiles. La compañía rezonga que la gente ya no es feliz, licenciado alférez, durante un rubor de querubines flamígeros a lo lejos. Termina la función y cae el telón, pues la vida debe seguir y sigue desde entonces y para

siempre, evoluciona llevando la expectación hacia el cintilar de luces encendidas en la diadema del horizonte.

A medianoche despierta sin nadie alrededor en su dormitorio, desvelada por un resplandor lunático que entra a raudales desde las vidrieras, tiene la sensación del amanecer, percibe la actualidad como una sucesión de recuerdos. Recuerda haber llorado, llora, recuerda haber imaginado e imagina hoy -por ayer- ha entrado triunfal al salón, condesciende al trato con la ciudadanía. Pide atención, traigo una noticia buena y otra mejor. La primera, el musical fue un éxito. Me lloverán las ofertas para el estrellato. La segunda mejor: Serás el padre de todos mis hijos, mi amor difícil.

Ahora reconoce su error, se equivocó de hombre, no hay destinos errados sino decisiones confundidas.

No pudo seguir soportando el nudo que le apretaba por dentro, y soltó de golpe los toros de las emociones. Lloró sobre el almohadón como si fuese un hombre que se avergonzara de hacerlo, lloró en silencio, lloró como una mujer, o una niña extraviada en la ancianidad. Imaginó que Juande estaba con otra, un amor fresco y juvenil, más bella, más inteligente, segura de sí misma, bien situada y con un dineral para subyugarle. Acaso le parezco una figurante, una doña nadie, que hace malabares para llegar a fin de mes. No lo sé cierto, las comparaciones resultan odiosas, sobre todo si sales desfavorecida.

Mi vida es un melodrama, suspiró, martirizada por su

versión sádica de la verdad. Lloró hasta quedarse dormida, vestida, boca abajo sobre una cama olorosa a humedad salobre y sueños varados. Desde entonces, dejó de verse amable, seductora, instruida, refinada. Era una veinteañera del montón, atribulada por un duelo insondable, por las cartas que no echó al buzón. Quiere retroceder hacia no sabe dónde o hasta cuándo, corregir todo cuanto les separó, lo que calló, decirle al menos que te amo desde mucho antes de encontrarte en este mundo.

Al tercer día de velatorio, repararon en una superstición de Juande, que obligó a postergar el enterramiento, pues si cae en viernes traerá desgracias a la parentela. Por la mañana el sitio estaba concurrido, pero poco a poco las amistades y los allegados fueron marchándose por pretextos razonables, compromisos y puro agotamiento, hasta que la esposa impasible se quedó a solas con el difunto.

Empezó a incomodarse con la mirada fija en el cuerpo uniformado. No tiene apariencia de estar dormido o simulando, sino de estar muerto, definitivamente sin chispa, sin voz, sin presente ni futuro. No volverá a estar en pie, bromeando sobre el despilfarro de los faraones que se llevaban tanto oro a sus pirámides para no tener en qué gastarlo; seguro de sí mismo con su sonrisa de guapo y su lógica irresistible, con su repente callado y su aire desvalido se acerca para suplicarle que a ver si te sobra un abrazo terapéutico, mujer, que ando falto de



cariño.

Luego por primera vez tuvo plena consciencia del estado atroz al que conduce el ciclo vital, padeció una necesidad angustiosa, sentirlo otra vez despierto, un celo, una sinrazón, un dolor por estar viva y él no, por amarle sin remedio y saber que ha empezado a buscarle y lo seguirá haciendo mientras muere y revive y termina otra vez con la mirada mágica, pueril, de súplica, pensando en milagros ¿y si resucitará? Mientras siga insepulto, su estado parece reversible, fenómenos más raros se han visto y dicho, pero no, jamás regresará. Mañana tras el funeral, lo enterraremos y todo habrá acabado.

Al empezar otra jornada, los primeros familiares encontraron a la viuda dormida sobre la almohada junto al cadáver, despertó sobresaltada y dijo: Fuimos novios.

Por consideraciones laicas, celebraron un funeral civil. El oficiante se presentó ataviado con la misma indumentaria de todos los días, dio la bienvenida a los asistentes, y dejó sonar un hilo musical: «*What a wonderful world*». A continuación reflexiona sobre la fugacidad biológica, y la índole volátil de la primera oportunidad, que suele ser la única posible. Como epílogo, leyó un poema y durante la despedida fraternal, recuerda que existe un libro de condolencias a disposición de quienes deseen mostrarle respeto al difunto, rubricar un adiós, un elogio, una dedicatoria o cualquier otra apreciación que entiendan conveniente.

Tras el entierro, el mundo quedó sustituido por la

interpretación abstracta de ese mismo mundo difícil. Su narrativa cotidiana es veleidosa como la fatalidad, imprevisible como el destino, cerrada como un calabozo, repetitiva como una impetración; se adhirió a la luz, al aire, a la materia, al peso de las ideas que andaban a su lado como esperpentos por una casa siniestra, entre personas extrañas, en una ciudad voraz, ante un porvenir que apunta al instante anterior por un bucle perpetuo.

La entereza, el enojo, el distanciamiento forense, han sido aparentes, por dentro la viuda había empezado desde mucho antes a consumirse a fuego lento en el caldo doliente del malestar. Su conducta y su patrón de sueño se vuelven caóticos, si está despierta no quiere dormir y si duerme no desea despertar. Solo cuando logra incorporarse al devenir doméstico, nota la cabeza turbia y adolorida, a semejanza de una resaca posterior a la embriaguez etílica, se viste tanteando en la penumbra, con la misma torpeza y lentitud que una anciana decrepita. Apenas dispensa atención a la comida, a los ciclos horarios, o la actualidad de su época. Aleatoriamente, toma posesión del baño común, desoyendo las reclamaciones crispadas de Gladis o Lorena, a propósito del champú o la loción astringente, y se zambulle en el silencio acuático de la tina senatorial, sin hacer nada distinto a sentirse etérea, hasta que el agua se enfría y Juande no aparece de entre la bruma del incensario, para ofrecerle el albornoz con su sonrisa de galán insolente y la mirada hipnótica cuya atención le

hizo sentirse la única mujer viva del planeta.

Más allá de las aflicciones, de la deficiencia de hierro mineral en sus glóbulos rojos, y la alteración profunda en su reloj circadiano, de la astenia y un cromatismo reducido a la escala de grises, ensayó el aturdimiento con su juguetería genealógica, asciende a lo práctico y al repasar sus cuadernos creyó reconocerse en la biografía de una mujer arcaica, cuya historia no ha progresado en sentido lineal, sino a impulsos concéntricos; una y otra vez sale y entra del relato sin que conste defunción o partida bautismal. Empero, una permanencia tan dilatada contradice la ciencia común.

Tal vez existen leyes no comprensibles para las mujeres y los hombres. Tal vez un lento martillar sobre la espiral de su sangre genética la moldeó por dentro, y ha heredado el sufrimiento, las ínfulas, la necesidad de culminar un propósito complejo, sin saber bien en qué consiste. Cada deseo frustrado tiende a realizarse en la siguiente generación, o intenta paliar el dolor acumulativo. A su momento, las circunstancias son favorables, achican la adversidad, sobrevienen días prósperos y cada anhelo acomete su rumbo y se cumplen los propósitos de una extirpe. Se aclaró a sí misma antes del amanecer, adormilada en una cama desértica. Decide recuperar las riendas de su propia vida, tener alicientes concretos, un porvenir de ilusiones matemáticamente aseguibles. Borrajeó en el cuaderno hasta darse cuenta de que deseaba poner un alegato

sobre la perseverancia y las vocaciones aguadas, quería poner al santo demonio loco como testigo de que será una actriz deslumbradora, lo digo y lo firmo, recuperaré a Juande.

En los días que vinieron a su ritmo, reúne los materiales y elabora el pergamino según las especificación del recetario, guarda la tinta para el desempeño arcano, hecha con huesos molidos de durazno, hollín, y goma arábica, todo puesto a hervir en el agua de sus lacrimatorios más doce docenas de gotas menstruales. El color sanguino le induce a recordar la forma en que desestimó a un pretendiente impulsivo que se había declarado con versos cantados y una bandurria. Ante su ligereza le arrojó un paño manchado de salsa de tomate y espetó: “Nada hermoso, menstruación femenil”.

En la ceremonia beberá siete sorbos de una preparación medicinal, quizás láudano, fabricada con vino dulce, azafrán, clavo, canela y otras hierbas y una porción de opio que sustituyó por jarabe de la *Señora Winslow*, dispensado en boticas.

El número de ingredientes o la dificultad para conseguirlos, trastocó los plazos previstos. Encargó a un viajero insular traerle de Mallorca eléboro fétido de la sierra de tramontana. Adquirió otros componentes, musgo de pantano, Hierba Beata, Cebolla Berrinche y Orquídea Gitana, que menciona el cancionero popular.

Entretanto, aprende a interpretar los garabatos impresos y acabó leyendo las cartas una detrás de otra,

sin pretextar cansancio o aburrimiento. Al final identificó a la autora del diario epistolar, cuya excentricidad la convierte asimismo en destinataria, la que abre el buzón y rasga un sobre lacrado para recordarse cómo había llegado en un buque levantino, mezclada con músicos y feriantes y cazadores de almas y ucranianos. Abrió un consultorio en el Barrio de las Maravillas, un distrito obrero cuyos moradores hacen filigranas para costear cada mes los gastos de subsistencia.

La santera con apariencia de pitonisa circense, amedrenta con artificios de luminotecnia a quienes solicitan la venia, toman asiento y arrojan unas pesetas sobre la mesita bajera, luego piden por todos los dioses infernales, por Hermes y Caronte, que este oprobio, esta barriga hinchada por un hijo de perra, no cause daño a mi esposo marido, que lo mire como suyo, que los celos acaben sin mala sangre, sin palos y ninguna puñalada.

En un santiamén despacha a crédulas y penitentes, comprime arreglos execratorios y encantamientos de cuento, compadecida del estado de simplicidad al que conduce la desesperanza y la intrincada condición humana. Luego, en la trastienda, se ocupa de temas serios, inventa abecedarios para escribirse cartas de abierta riqueza temática, una parte sana consuela a la otra sufriente, añade recordatorios, lamentaciones, frases de motivación, pasos a seguir, registros de los que se hacen en un diario personal. Permiten deducir que viajó con frecuencia, tanteando a las gentes, con el oficio

mundano de santera, visionaria, meiga, salmista, lapidaria, y lo que haga falta para recuperar la medalla del santo demonio orante.

Amelia o Alfonsa o Ariana con palotes y garrapatos dio registro a su trayectoria ocultista. Traducido a castellano raso, un clan pitagórico la eligió depositaria única del bagaje memorizado por un centenar de sabedores y visionarios. Tiene pleno dominio del potencial órfico, sea lo que fuere, domina el magisterio persa sobre levitación, los entresijos egipcianos de transcendencia funeraria, el cálculo sacramental fenicio, la estrellería de los caldeos, el vademécum druida, la noción del poliedro y la geometría prodigiosa, más el arte ciencia de la negociación con ectoplasmas y diablos.

La intérprete de las misivas estima que la ancestro protegió su legado, el libro de tinta invisible, la baraja de acuarelas explicativas, el talismán con la plegaria hechiceresca, guardó todo en un armario acorazado, cuya apertura por fuerza bruta hubiera requerido un explosivo potente, extremo al punto hiperbólico y ruidoso.

## Desenlace

Un miércoles en que la familia debía atender un compromiso formal por el casamiento de la prima Ada, pidió que la disculparán en su nombre, pues tengo una jaqueca galopante, y estaré peor con el bullicio, las campanas, los petardos, la música de baile. A continuación, remata la primera mentira dicha a la madre con un dato tranquilizador pero igual de falso, vendrá Mónica para hacerme compañía por la noche.

La maga teórica había previsto esa fecha como muy probable para acometer su propósito y sonreír al diablo, de modo que anticipó un pedido en una tienda de animales con entrega a domicilio. A media mañana, aclimatada al silencio conventual del caserón, recibió las tres mascotas del ceremonial.

Roza con una falsa ternura el pelaje algodonoso del hámster, que suplirá al topo ciego en la piedra de sacrificios. Da un biberón con leche tibia a un cabrito lechal, luego lo amarra a un mueble perchero con un cinturón ceñido al pescuezo. Será un canal aferente de primera línea, la materia orgánica por donde asomarán las potencias ignominiosas.

Anticipó que aquel títere tembloroso no tiene chicha para aguantar carros y carretas, ergo, la presión energética acabará matándolo, aunque no importa

demasiado, si la cosa funciona se lo comerá asado.

Como enlace supletorio dispone de un cuervo, que acondiciona en lo alto de una percha, ni siquiera necesitó trabarlo con un cordel, pues el ave carecía del instinto de volar o remover las alas, acaso por haber sido domesticada durante una convivencia anterior con humanos. Su plumaje tiene un brillo metálico e iridiscente en la penumbra, y le escuchó unos sonidos guturales a rachas aleatorias, que al principio suscitaron una sonrisa, pero a última hora acarrearán serias dudas sobre el acierto de aquella elección.

En el preámbulo del oficio tenebroso, respira hondo, piensa rápido, si se ciñe al manual, tendrá asegurada la obediencia del ente, espíritu, hado, fuerza preternatural, demonio o como quiera que se denomine al agente cuya servidumbre intenta ganarse.

Dibuja a ras del suelo un círculo, triángulos, un pentagrama, la rosa estrellada, las líneas no imaginarias a cuyo resguardo permanecerá hasta la finalización del negocio. Conforme va recordando la composición de la puesta en escena, junta mesas, aparta sillas, amortaja planos del santuario, extiende la instrumentación, habla consigo misma como si en verdad fuera una operaria y una supervisora. Pluma rudimentaria, pergamino rústico, pergeña un memorial, un contrato petitorio, adecenta las coronas de claveles y crisantemos, enciende uno a uno los cien cirios y blandones, echa sal brava de laboratorio donde conviene hacerlo, distribuye los clavos imantados



por el altar, repasa las vetas del mármol en previsión de signos cruzados, prenderá el hornillo o el atamor, prende la colección de inciensos.

Entretanto, refresca los trámites memorizados durante sesiones interminables de estudio tradicional. Uno, la elasticidad del tiempo litúrgico, apenas concede margen para identificar qué o quiénes están llegando, cuál es su referencia, si tiene nombre, preguntará cuál es tu nombre, si le chista o le abucea o enmudece o evidencia falta de respeto, preguntará cuál es tu nombre; la diplomacia nunca apela a los sentimientos de los que carece el adversario. En el supuesto peor, si llega una horda de pelos, garras, rabos y pezuñas, aplicará el articulado pertinente, dejando claro que la exorcista no está para bromas.

La oferente mira los visillos, las cortinas, mientras reflexiona sobre los primeros minutos críticos, con frecuencia los engendros, a cambio de la merced, exigen un precio exorbitante sin atender segundas ofertas, hasta impedir la avenencia y la continuidad del negocio.

Dos, el material antidisturbios sustituye la dialéctica para sensibilizar a la bestia, vale el chantaje, las amenazas, soltar puñados de sales alquimistas, asperjar agua regia, o lo que proceda en virtud del espécimen y del grado lesivo pretendido. Por último, tal vez la potencia no venga aislada, sino junto a un tropel de espantos y un séquito enloquecedor. Preguntará cuál es tu nombre, repetirá la solicitud de identificación como un estribillo

durante el interrogatorio, la toma de contacto, el careo, si no controla el ruido debe aplicar el punto dos.

Otra eventualidad no deseable son los suplantadores. Invaden la misa sacrílega y medran en nombre de nadie y con la voz del amo mandante. Oportunistas y avarientos, cuesta distinguirlos del ente genuino.

El epígrafe dedicado no abarca todos los casos y modelos descriptivos, hicieron una anotación aclaratoria al margen de la página: “véase tomo AMZ, nomenclatura GOO, del catálogo tipológico FBK, sobre contratación inteligente”.

Confía en que la finitud temporal del aquelarre no permita todas las contingencias, pero tiene a mano una botella de las que se aprietan para soltar un chorro de sulfumán mientras piensa esgrimir el escapulario y entonar una plegaria. Así zanja los recelos que la inquietaban.

Unos minutos antes del eclipse, recorre la sala con mirada panorámica, el orden utilitario por cuya virtud cada cosa está en su lugar, infunde cierta seguridad a su hemisferio perfeccionista que no cesa en darle vueltas a la tediosa casuística. Por ejemplo, los viajeros que arriben al templo quizás no entiendan el idioma de tramitación. La solución dada por el prontuario es simple: quien habla, lee o escribe, ha de aprender lo mínimo para cerrar tratos sin perder la vida o llevarse un fiasco.

Hay demasiadas advertencias expresas e implícitas, el peligro de muerte fulminante a que se expone si tropieza

con ese demonio mentado como el hijo bastardo de Dios Padre, uno áspero y anterior a todos los catecismos y sacramentos, a todas las iglesias y advenimientos mesiánicos y prelaturas; más antiguo que las estrellas, muy nocivo y difícil de gestionar para las oficiantes neófitas. Acostumbra a repetir: “¿A santo de qué? Conviene regatearle el precio del provecho exigido a las bravas o el encargo cuya terminación se solicita por vía contractual.

La maga refuerza las cautelas dirigidas a preservar su integridad, las dimensiones traducidas a pasos del trazado cabalístico impreso en el suelo, la fonética defensiva o disuasoria para los supuestos de agresión, usurpación de identidad o rebeldía manifiesta del poder entrante. Por su manera de considerar el contrato, aceptará cualquier contraprestación, con tal de salirse con la suya. Está dispuesta a entregar su alma al vencimiento, dado que carece de ella por un desengaño, por un amor imposible, por un amor obsesivo, por un amor que cursa como una enfermedad, por una enfermedad que parece desde siempre o es para siempre una sucesión de enamoramientos y latidos flechados.

Está completando el ritual sin consultar la baraja o los apuntes, incluso con el mismo automatismo de los actos rutinarios. Camina hacia la ventana, para airear la estancia llena de humo, mientras se extingue otro sahumero preceptivo.

Una parte liberada de su mente divaga sobre los giros, carambolas e inercias que la llevaron desde una investigación genealógica hasta adentrarse en el arte magia, la brujería y los negocios turbios. Continúa atascada en una suerte de curiosidad mórbida, por conocer el desenlace encontrado por su bisabuela. Obviamente, falleció, o hizo un largo viaje indocumentado, con ninguna opción de regresar para contarlo. Pese a todo, no consta ese rastro que deja toda persona en su tránsito a la sepultura, en las necrológicas, obituarios, lápidas, epitafios, o en las esquelas de hemeroteca.

La maga cerebral y emotiva, declama una sarta petitoria, una maldición para toda mujer y todo hombre que pretenda casamiento, flirteo, amación y goce carnal con su marido. Pide retrotraer a voluntad el sino de Juan de Juanes Bublé, que respire y la corteje, y vivan juntos más allá del amor inflamado y la eternidad insuficiente.

Va consumando la ceremonia en modo autómeta, varada en un riel de conjeturas, clarividentes o disparatadas, a propósito de la bisabuela. En otro tiempo estuvo aquí, envuelta por la bruma aromática del sándalo, hizo girar la ruleta de los privilegios desmedidos a su favor, ganó tiempo, aspiró a ser feliz, luego halló el modo de reírse del demonio cabrón y huyó con el alma intacta. Empero, el viejo demonio, como un sabueso persigue a los deudores a través de sus descendientes sustitutos, hasta la última generación nacida sobre la faz del mundo.

La bruja bebe unos sorbos de elixir cordial, el calor áspero que desciende hacia sus entrañas le recuerda que está viva, despierta, y un repentino azogue le anima a corroborar el presagio. Abandona el escudo astral, corre hasta el espejo grande del vestíbulo, escudriña las cinco señales desnudas, una diminuta cicatriz al borde del cuero cabelludo, otra en la muñeca, en el pie y la última requiere que se vuelva y examine el reflejo de su espalda. Localiza la doble marca de nacimiento en el hombro.

Con un estremecimiento, identifica a la mujer del relato, la que cerró el cofre y escribió cartas de esperanza y consuelo, la que posa dentro del titirimundi o el diorama, rescatado de entre los chirimbolos del sótano. Era un artilugio similar a una caja cerrada y grande, con una mirilla por donde observar y una manivela giratoria para mover una secuencia interior de diapositivas futuristas, que repiten a la modelo de los daguerrotipos, a la diva pictórica, a quien posa ante fondos arquitectónicos, en el Teatro de Mérida, ante la Catedral Primada, ante la Muralla de Ávila, frente a basílicas y catedrales, bajo el Acueducto de Segovia, por la Plaza del Torico, de fiesta con un vestido ceñido, con una postal entre las manos, con un clavel sobre la oreja, frente a la fuente monumental de la diosa Cibeles, contra el horizonte remoto de isla Tabarca, bajo el tránsito incesante de las estaciones anuales y el vuelo raso de las gaviotas.

Examina su imagen reflejada en el espejo, padece una sed súbita, un vértigo físico y a la vez conceptual, un

brote de ocurrencias más parecidas a los recuerdos que al delirio, fragmentos que van encajando en el avatar de quien atraviesa milenios, sobrevive a una guerra civil, a una pandemia anunciada, a un cambio de moneda oficial, a recesiones, crisis, un intento golpista, abdicaciones, corruptelas, alzamientos, transiciones, autocracia, asesinatos servidos como entretenimiento televisivo, a terrorismo, democracia, plutocracia, tecnocracia, economicismo, implantación del norte ubicuo; participa en política repartiendo octavillas que aprovechan su reverso para insertar mensajes subliminales, propaga idearios de dominio público, no forja opiniones, las recoge, denuncia, reniega, informa, cuestiona la verdad y la mentira, es una ilusionista, una potentada, una cónyuge supérstite.

Con una certeza orgánica, la misma que se siente antes del estornudo, asumió ser la mujer encarnada del relato, mas también advierte un torbellino de vivencias pugnando dentro de su cabeza por abrirse paso contracorriente, contra su condición humana y su freno racional. Pudo haber sido una princesa hindú, un comerciante húngaro dedicado a los artefactos arqueológicos, y una musa para los poetas surrealistas proclives a la escritura automática. No importa. Quizá ha leído o soñado o le dijeron o tal vez escuchó que una vez veía el mundo a través de los ojos de otra persona, que anheló la felicidad y el amor, empero, nunca halló ni lo uno ni lo otro. Luego entonces, no escapará al infortunio y los desplantes, extraviada por consanguinidad en una

celda, contra una cruz, dentro del laberinto, en una pirámide, entre partituras, entre los párrafos ciegos de un libreto. Está arrepentida, pero no detiene el sortilegio. Al menos supo llevar a la práctica una decisión premonitoria: Empaquetó los cuadernos, la hechicería, los cromos, las epístolas, hizo una ligarza y renovó la combinación numérica a una caja fuerte, con la cautela de anotarla tras un mueble desvencijado.

Ha troceado el pergamino tosco, arroja las trizas con rabia sobre el atanor. El polvo de magnesio que usó en la mezcla cualitativa con otros aglomerantes o excipientes, reacciona al fuego y producen una detonación química sin llamarada, que enturbia la atmósfera con una expansión fumígena, similar a las humaredas de fanfarria del teatro cine.

La casualidad abre un ventanal con un manotazo eólico, la corriente del aire ahueca una cortina dando la impresión de que algo sólido acaba de personarse en la estancia, acaso un demonio babélico.

El cuervo ha estado emitiendo graznidos, intercala sonidos cavernosos, vocaliza igual que una voz humana, gutural, lo aprendió para un cuento gótico, simula ruidos, un grito, gazona, crascita, croaja, pero nadie aplaca su hambruna, por ende, el ave no cesa de chillar, chirriar, grajear, urajear, voznar, gañir.

La oficiante oye con la imaginación un ente acústico, espeluznante, híbrido; tiene risa de hiena, muge, ventosea, croa como un sapo paquidérmico, las pezuñas

sobre las que se apoya contra el enlosado hacen temblar la vivienda con su tonelaje.

En mitad del fenómeno registrado por los sismógrafos, padece una serie de emociones súbitas e intensas, o una sola compleja, especialmente terror, siente terror, su corazón late muy rápido, o quizá fue antes la taquicardia y luego el miedo intenso. Un viento apacible abre y cierra la misma puerta sometida entre dos ventanas, airea el olor a cagarrutas, a cera quemada e incienso episcopal.

Entre el retumbo de los portazos, cuya cadencia le induce a imaginarse un aporreador ventrudo que avisa de un daño inminente, nota el peso punitivo de su condición biológica, la humareda tiende a disiparse, sobreviene un silencio acorde con esas horas de la madrugada en un entorno cosmopolita.

Ha olvidado los renglones de cierre del conjuro, cometió uno o varios errores, aunque no acierta a reproducirlos ni anticipa las consecuencias, acaso quitó o puso palabras durante la invocación, tal vez no ha dibujado la estrella pitagórica mediante un solo trazo continuo, tampoco ha sacrificado el hámster. Tiene la sensación de pérdida irreversible, pide disculpas a Juande, por depararle una segunda muerte.

La viuda tose deshidratada, carraspea. La nigromante permanece quieta dentro del círculo químico, espera a que termine la lírica abrasiva y efervescente dejada por el agua fuerte. Hace un recuento de bajas y daños colaterales, a falta de algo mejor que hacer, ve un rastro



de plumas y sangre, diseminada por salpicaduras e impactos y hemorragia masiva, avista al cuervo muerto de pánico, acaso quiso huir y revoloteó a ciegas para estamparse contra las paredes hasta caer por su propio peso como un títere invertebrado. No importa, más enredos que limpiar.

La protagonista observa las cosas a su alrededor, el desorden descomunal que parece puesto allí un minuto antes para asegurar el realismo de la escena. La mujer necesita contacto humano, suspira: "*Omnia vincit amor*". Su garganta articula una onomatopeya, e intenta una corrección: "Vence todo menos al olvido". No suena entonces su fonación sino lo que parecen balidos, son balidos, escucha a un animal grande, repite cabra cabrona, cabra cabrón, canta conforme a este recurso evasivo de la mente para asimilar un nuevo orden personal e inexplicable.

Impaciente, salta fuera del valimiento con olor a trementina, alcanza el espejo mural que duplica las visitas entrantes de la sala catedralicia. Tropieza contra un engendro caprino, enrarecida por unas protuberancias córneas en la frente, de mirada atónita y piel velluda.

Soy una animal, grita con la misma actitud de las pesadillas angustiosas, muda y absorta, incapacitada para un grito, un improperio, una blasfemia, un desahogo marcial de su enfurruñamiento, de su rabia, y sus

reproches, por el marido que nunca disfrutó, por la mujer del género rutilante que habitó ese cuerpo.

Ni siquiera habla como una persona, y carece de habilidad para el manejo de la escritura, ergo, cualquiera que sea la causa de aquella transformación orgánica, no cederá por arte de birlibirloque, menos por voluntad de un mamífero asilvestrado. Piensa, luego sufre.

Por abarcar todas las opciones, el material esotérico está protegido por un dédalo de puertas, muros, paredes, recovecos, sombras y pistas que resulta confuso de transmitir a terceros en la practica coloquial y frente a la pregunta burlona: “¿Qué me estás contando?”, tanto más arduo para una cabrito recién destetada.

Soy una animal, cavila, llora, por así decirlo, diminuta y grandiosa, resignada e inconformista, entrevera pensamientos difusos, momentos de paz rudimentaria, lágrimas de estatua viviente, reflexiona con intensidad sobre nada en concreto, se reprende, inserta historias que leyó en los tebeos sobre heroínas y castigos, sobre quienes aguardan el cambio, un cruce del destino, una coincidencia afortunada, entregan y pierden y mueren peor que nacieron, sin saber en realidad sin han sonreído a Dios o al Diablo. Aparte, otea las alturas, sentada sobre sus cuartos traseros, según su percepción, una cabra ejemplar que cuenta estrellas conforme se desvanecen con la progresión del amanecer.

El guion de lo cotidiano, pese a su tendencia a economizar y aburrir, también habla en sentido figurado,

da un apretón, con palabras ministeriales, más allá del final fantástico y aleccionador, incorpora de repente un matiz inusitado, un enfoque caleidoscópico a lo de siempre, un trémolo al violín, una trova, un floreo, la melodía que una noche distante la artífice quiso bailar como ahora con su amado.

La mujer cautiva ha trabajado sin pausa ni transcendencia práctica, advierte voces amortiguadas, Gladis ha bajado del carricoche y reprende a su padre por una conducción que entiende brusca. La madrugada trae de vuelta a los familiares, verán a una hija convaleciente, parecida a una cabra alelada en mitad del pandemónium, verán muebles amortajados, un cabrito muerto por hipotermia, paredes embarradas de sangre y tizne, un cuervo merendero entregado a posturas no compatibles con la vida. Verán infinidad de coronas mortuorias y lirios alucinados, y talismanes dispuestos como en los tenderetes callejeros. El suelo es un trampal de ceras derretidas y pintarrajos canónicos, donde gobierna un hámster albino, tintado de betún y laca para hacerlo pasar por un topo moscovita.

Encima de todo, persiste un olor revuelto a partes aleatorias por la combustión mística, la mierda de corral, el encierro santuario y la podredumbre vegetal en sinergia con una química extraña. Añadido al delirio escénico, quien espera no habla, sino que emite sonidos propios del carnero y la oveja, pues tiene voz de cordero, gamo, ciervo o chivo. No importa, descansa sobre sus

glúteos, emite un quejido lúgubre, un lamento a solas con su conciencia, trabada a un estado evolutivo primario, por el que descartó lápiz y papel, y ha estado pensando seriamente en métodos alternativos de comunicación, al menos pedir disculpas, morirse de vergüenza, presentar un informe somero y una petición de auxilio humanitario.

Felicia, que nunca dejó de preocuparse por la niña grande, aligera y sube las escaleras como cabeza de pelotón, accede al ala cuyos salones están ordenados por colores que no corresponde con su física ornamental. Se lleva las manos a la cabeza, con un alarido, bordea el colapso nervioso, alarmada, triste, furiosa, pregunta a gritos que qué significa este tinglado, hija mía, por los clavos de Cristo y la Virgen Santísima, ¿Te han lastimado?

La hija esboza un saludo facial limitado por la ausencia de expresividad. La familia restante llega en tropel. Marcelino define la situación como drama o tragedia, sin extender o ahondar su parecer. Lorena apunta a una fiesta experimental de comediantes libertinos, mientras escudriña con las manos unidas a la espalda, como una hermana perspicaz a quien no se le escapa una.

Marcelo está enojado habla entre dientes, acumula evidencias de sumario, recorre la sala de lado a lado, presiona con el índice los cadáveres, remueve con una estilográfica las cenizas, se acerca a su hija, procede al reconocimiento forense de las pupilas, le toma el pulso,

no tiene fiebre, finalmente advierte: “Deberían prohibir el jarabe Pemberton”.

Entretanto, la damnificada no entiende esa naturalidad dispensada a un espécimen desprovisto de forma humana y habilidad lingüística. Pese a todo, la reconocieron e interactúan por instinto. Gladis asumió la iniciativa, telefonea a parientes que llaman a su vez a otros, intercambian impresiones, está pasmada mejor llevarla al hospital, que la vean por urgencias domiciliarias. Entretanto prevalece la solución de buena voluntad más adecuada, Gladis instó a Marcelino y viene una ambulancia en camino, trae un doctor alienista y dos enfermeros fornidos, dado que la paciente, por los síntomas expuestos, padece una dolencia de manual, lunatismo, brote esquizoide, fabulación psicótica; en todos los casos el protocolo sugiere internamiento y observación clínica.

Lorena y Gladis se esfuerzan por recuperar a la mujer anterior, la que empezaba a sonreír y bromeó con firmarle un autógrafo al mismo Demiurgo, llegado el caso. Ahora está callada en su perplejidad, no entiende a quienes confunden a un animal hembra con una mujer y simulan afecto, normalidad o lástima. Solo cuando la guían por el pasillo hacia otros derroteros, piensa: ¡Qué mundo de locos! ¡Mucha mierda!

F I N